

LA ETERNA CUESTION JUDIA

PRIMERA PARTE

DICIEMBRE DE 1938

INDICE

Introducción.

Textos de Adolfo Hitler.

Disturbios antisemitas y crímenes judíos.—La opinión de un escritor francés.

Los crímenes políticos de los judíos.

El judío y la criminalidad.

Israelitas en la España roja.

La eterna cuestión judía.

El judío y el obrero.

Emancipación. El judío busca al obrero.

Dos apóstoles.

Los órganos de la prensa en manos judías.

La huelga política de masas.

Los judíos en las organizaciones obreras.

Los años de la guerra.

Revolución.

Versalles.

El judío y el obrero en la democracia parlamentaria.

El judaísmo y la revolución roja.

La revolución rusa.

Los judíos y el bolchevismo.

La preparación de la revolución.

Detrás de Stalin.

La lucha contra la religión.

Un ensayo de colonización judía.

La doctrina del Talmud.

INTRODUCCION

El 7 de Noviembre de 1938, en París, un representante oficial de Alemania, el consejero de la Embajada vom Rath, ha sido asesinado alevosamente por un adolescente judío que confiesa haber obrado en "venganza de su raza".

A este crimen judaico—uno más de una serie perfectamente organizada—Alemania ha replicado adecuadamente. Lo mismo que cuando hace dos años el Jefe de los alemanes nacionalsocialistas de Suiza, Guillermo Gustloff, fué muerto a tiros, en circunstancias parecidas, por el judío Frankfurter, esta última provocación-infame ha dejado al descubierto lo que la cínica jactancia del asesino no ha hecho más que corroborar: que se trata de un nuevo crimen del judaísmo internacional contra la nación más odiada, la que con mayor resolución ha emprendido la lucha para librarse de la tremenda plaga.

La reacción de Alemania no podía ser ahora local. Más poderosa y serena que nunca, sabiendo quiénes y dónde se esconde su verdadero enemigo, ha contraatacado, buscando aniquilarle definitivamente. Por de pronto, con su resolución, ha obligado a destaparse a las fuerzas tenebrosas concitadas contra ella y contra la seguridad del mundo entero. Desde hace cinco años, desde la llegada de Adolfo Hitler al poder, Alemania no cesa para presentar a todas las naciones el "problema judío" en su verdadera luz. Esto es, como una cuestión que no la afecta a ella sola, sino que es de todos, y como una de las cuestiones más urgentes y graves de las que se interponen en el camino de la paz y el progreso humano.

En este respecto la ceguera de las llamadas democracias parece increíble. No quieren o no pueden ver que los peligros y males que Alemania denuncia y de que se ha librado resueltamente por su parte, son generales; que les amenazan a ellas, roídas como están por el mismo morbo que padeció el gran pueblo alemán especialmente a partir del final de la Gran Guerra. Seguramente que esos países lo sienten instintivamente, pero no pueden expresar su voluntad de defensa, pues en ellos todos los instrumentos que fabrica la Opinión—la Prensa, las finanzas, los partidos políticos—están mediatizados en mayor o menor medida por las organizaciones internacionales, cuyo fin consiste en la destrucción de todas las fuerzas nacionales. El judaísmo internacional se sirve del liberalismo y de la Democracia, en gran parte invenciones suyas, como se sirve en una etapa posterior del socialismo y del bolchevismo: para destruir dondequiera los mayores obstáculos que existen para sus designios: el alma y las sustancias nacionales.

Precisamente es esa mediatización de que sufren hoy las democracias el mayor inconveniente con que tropieza una clara y sana política internacional. Si la paz y el progreso de los pueblos han de asentarse entre sí y directamente unos pueblos con otros, unas naciones con otras. Es imprescindible que suene en el concierto de todas ellas la voz auténtica de cada una, la que corresponde a su verdadero ser permanente.

Lo hecho por Alemania no significa otra cosa que un ejemplo para los demás. Es ejemplo en un doble sentido. En primer lugar cuando se estudia la historia política alemana desde 1918 hasta la revolución nacional, se pueden hoy ver cuáles han sido las causas y

factores de la derrota militar primero, y de la disolución nacional y de la miseria del pueblo que, bajo la tapadera de la República de Weimar, siguieron después. La culpabilidad de la judería en la provocación y explotación de todos esos males es hoy indiscutible, y una de las mayores deudas contraídas por el pueblo alemán hacia su Führer estriba en que éste acertase a denunciar al enemigo desde los primeros días de sus campañas. En segundo lugar, Alemania ofrece el ejemplo de su resuelta lucha contra el judaísmo envenenador de la vida y las energías nacionales.

¿Sabrán comprender este ejemplo los demás países? Ante la generalidad y la inminencia del peligro ¿no van a abrirse los ojos en todas partes y no se va a crear la voluntad enérgica necesaria para darle la batalla?

La reciente legislación antisemita italiana parece responder afirmativamente a estas preguntas. Sin merma ninguna de su originalidad política y haciendo sonar, como siempre en la historia, su propia voz, Italia sigue ahora la pauta de la política racial alemana. Con razón ha sostenido Alemania que el "sentimiento racial" no era una invención suya, sino que es una exigencia profunda que ha tenido y tiene manifestaciones en todos los tiempos y en todas las partes. Desde el comienzo de la Historia, y aún se podría decir que desde que los hombres han poseído el sentido de las leyes naturales, la cuestión de la raza ha sido estimada en los países más diversos como un hecho de importancia fundamental, que ha de producir necesariamente en la vida política determinadas consecuencias.

Era una infamia hacer creer que se trataba de algo exclusivo de Alemania; como era una infamia y una calumnia, urdida y propagada por los judíos para crear recelos y antipatías en los demás países, insinuar que para los alemanes la afirmación y exaltación de lo que les es propio, y su protección y defensa, puedan significar la más mínima desestimación de los otros pueblos y razas. El caso de Italia indica que fuera de Alemania se han empezado a dar cuenta también de lo que significa el dominio judaico y de lo que urge defenderse y luchar contra él si se quieren salvar la paz y la civilización mundial.

En las siguientes páginas nos proponemos presentar al lector de lengua española algunos aspectos, fundados en hechos indiscutibles, de ese peligro que amenaza al mundo. Nuestro propósito no es otro que informar y poner al descubierto ante un público que ignora mucho de esta cuestión lo que significa el judaísmo y de qué medios e instrumentos se sirve en su tenaz labor destructora. Los españoles tal vez empiezan ya a darse cuenta del papel que ha desempeñado en la revolución y en la prolongación de la guerra civil. Sin embargo, se ha hablado muy poco de estas cuestiones entre nosotros.

Nada de lo que aquí se presenta al lector está inspirado por una reacción de odio o de venganza. Se trata únicamente de hacer ver que existe en realidad un apremiante problema, que no es una invención o una fantasía, y que ese problema es urgente y general y que es necesario encontrar una solución para él. Por eso quisiéramos también que estas páginas se leyeran como han sido compuestas: con un sentido positivo.

TEXTOS DE ADOLFO HITLER

El judío es el antipoda del ario. En ningún pueblo del mundo está tan desarrollado el instinto de conservación como en el llamado pueblo elegido. Puede servir como prueba de esta afirmación el simple hecho de la pervivencia de esta raza. ¿Qué pueblo existe en el mundo que en el transcurso de los dos últimos milenios se haya visto expuesto a tan pocas variaciones de su carácter y de sus peculiares dotes? ¿Qué otro pueblo ha pasado por mayores experiencias y convulsiones que éste, para salir siempre íntegro y poderoso al cabo de las más violentas catástrofes?»

Puesto que el judío —por razones fáciles de comprender— nunca ha sido portador de una cultura propia, las bases de su vida espiritual le han sido siempre suministradas desde fuera. En todos los tiempos su espíritu se ha desarrollado bajo la influencia del mundo cultural que le rodeaba.

Si es verdad que el instinto de conservación del pueblo judío no es inferior, sino más bien superior, al de los otros pueblos, y aunque sus capacidades intelectuales producen la impresión de ser semejantes a las de otras razas, carece en absoluto del supuesto esencial que es inseparable de todo pueblo culto, a saber: el sentimiento idealista.

El espíritu de sacrificio del pueblo judío no va más allá del simple instinto de conservación individual. El mismo sentimiento de solidaridad en apariencia tan desarrollado en los hombres de esta raza no es otra cosa que un instinto gregario muy primitivo, lo mismo que se da en otros muchos seres de la naturaleza. Es digno de consideración el hecho de que este instinto gregario conduce a un apoyo y un auxilio mutuo tan sólo en los casos en que un peligro común lo hace aparecer como conveniente o inevitable.

Como característica esencial para llegar a una valoración de los judíos en su oposición frente a la cultura humana, hay que tener en cuenta que no ha existido nunca un arte judío y que tampoco existe hoy. Que las dos artes más sublimes, la música y la arquitectura, no deben nada esencial al pueblo judío. Este está absolutamente privado de todas las cualidades creadoras y culturales de toda raza bien dotada.

El judío ha sido siempre un parásito en el organismo social de otros pueblos.

En la vida parasitaria de los judíos, incrustados dentro del cuerpo de otras naciones y de otros pueblos, debe hallarse la razón que hizo exclamar a Schopenhauer: «El judío es el gran maestro del embuste. Las condiciones particulares de su existencia le impulsan a una mentira constante, a una mentira cada vez más obstinada, para él tan necesaria como lo es el abrigarse para el hombre del Norte».

Con el establecimiento de las primeras colonizaciones hace el judío su aparición súbita. Al principio aparece como intermediario. Su habilidad mercantil, de experiencia milenaria, lo sitúa en un plano ventajoso con relación al ario, todavía ingenuo e ilimitadamente franco. Empieza prestando dinero, siempre a tipo usurario. Esta actividad acaba por provocar resistencias, excita la indignación del pueblo. Su tiranía expoliadora llega a tal punto, que se producen reacciones violentas contra él; pero ninguna persecución es capaz de apartarlo de sus métodos de explotación humana, ni se logra expulsarlo, porque vuelve a aparecer pronto y es el mismo de antes.

El judío no necesita más que convertirse para alcanzar todas las ventajas y derechos de los hijos del país. La iglesia celebra la llegada de un nuevo feligrés, pero Israel se regocija del fraude consumado.

El judío se convierte también en alemán. La razón de este otro engaño salta igualmente a la vista: su aspiración única tiende a la adquisición del goce pleno de los derechos del ciudadano.

En el curso de más de mil años el judío ha aprendido el idioma del pueblo que le da hospitalidad, y lo ha dominado en tal forma, que cree poder ocultar ahora su origen y aparecer como alemán. Pero como no tiene del verdadero espíritu alemán en realidad otra cosa que el arte de servirse de su idioma, el intento fracasa. Pues en la sangre, exclusivamente en la sangre, no en el idioma, radica la raza, y esto lo sabe él mejor que nadie. Un hombre puede cambiar su idioma; pero será para expresar las mismas ideas en el nuevo ropaje; su ser íntimo es lo que no podrá negar. El judío es capaz de hablar en muchos idiomas, posee la habilidad para ello mejor que los otros hombres, y pese a ello siempre es y sigue siendo judío.

El judío se hace también de pronto liberal, y se muestra lleno de entusiasmo de la humanidad.

DISTURBIOS ANTISEMITAS Y CRIMENES JUDIOS

LA OPINION DE UN ESCRITOR FRANCÉS

UN escritor francés, antisemita de siempre, pero ni ahora ni nunca propenso a defender a Alemania con su pluma, Charles Maurras, escribe con el título «Las atrocidades olvidadas» el siguiente artículo en su periódico L'Action Française del día 20 de Noviembre último:

¿Cuándo van a callarse los charlatanes? ¿Cuándo haremos enmudecer a los hipócritas? ¿No podremos, por lo menos, reducir al silencio a esas plañideras a sueldo que se retuercen los brazos clamando por la miseria de Israel en Alemania? Como si en Alemania y en otros pueblos no se hubiese asistido con indiferencia a muchas otras atrocidades, a menudo peores, sin que nadie levantase un grito de protesta, sin duda porque no afectaban a judíos.

Un grupo de patriotas franceses, que me parecen gentes de espíritu liberal y de entendimiento claro y estricto, acaba de dirigir una carta al señor Franklin Roosevelt rogándole no sacar las cosas de quicio y dar a las ideas su justa medida, en los asuntos que se refieren a los judíos y a los no judíos, cuando son tomados como tales.

Pasemos por ello: los judíos han sido víctimas de graves sevicias en Alemania. Se han incendiado sinagogas, algunos almacenes han sido saqueados y hechos añicos. Ha sido expulsado un considerable número de judíos. Pero se está chillando como si se hubiesen matado a muchos hombres. No se ha matado a ninguno. Se ha hablado de «progrom». «Progrom» quiere decir matanza de judíos. No ha habido matanza de judíos. Zurrar la badana es una cosa y asesinar otra.

En París si que ha sido asesinado un Secretario de Embajada, en la calle de Lille, pero no era un judío. Y es precisamente un judío el que lo ha ejecutado. No somos de los que se arrastran con los ojos llenos de lágrimas en el cortejo fúnebre del señor Vom Rath. Pero no podemos negar que este alemán ha sido la víctima de un judío. Si la persona humana tiene un valor infinito, la desaparición de una vida debiera considerarse como de una importancia infinitamente mayor que todas las patadas que los judíos alemanes hayan podido recibir desde entonces en el trasero.

Los patriotas franceses de que hablo ¿se han equivocado al estimar que el Presidente de los Estados Unidos haría bien en moderar la violencia de las protestas de los periódicos de su país? No lo creo.

Nuestros amigos anglosajones se imaginan que no hay iniquidad comparable a la de las persecuciones contra Israel. Acabamos de ver que es Israel el que asesina. No estaría de más tener en cuenta que Israel ha asesinado a otros muchos «goys»...

—Sí, sí... A lo largo de la historia...
—Nada de eso. Estos últimos años, los más recientes. A los autores de la carta dirigida al se-

Con este nuevo disfraz consigue hacerse portavoz de una nueva época.

Ahora es cuando comienza la última, gran revolución. Cuando al fin consigue hacerse con el poder político, arroja lejos de sí todos los disfraces. El judío democrático y socialista aparece ahora como lo que verdaderamente es: como judío por la sangre y tirano de las naciones. En poco tiempo intenta aniquilar a los representantes nacionales de la cultura y deja a los pueblos, a los que ha privado de sus directores naturales, maduros para sufrir la opresión de su yugo.

El más terrible ejemplo de esto nos lo ofrece Rusia, donde ha sido capaz, con un fanatismo salvaje, de matar o, dejar morir de hambre a treinta millones de seres humanos, para asegurar el dominio de un grupo de literatos judíos y de bandidos de bolsa sobre un gran pueblo. Pero el fin no será sólo el fin de la libertad de los pueblos subyugados sino al mismo tiempo el de ese parásito de pueblos. Cuando muere la víctima muere también, antes o después, el vampiro.

ñor Roosevelt no les cuesta ningún trabajo señalar cuándo, cómo y dónde...

He aquí lo que escriben:

«Si erigiésemos la imparcialidad en regla, podríamos decir a la prensa anglosajona que en España ha ocurrido algo, y estamos seguros que gritará de horror ante lo que vamos a revelar. No ignora usted, señor Presidente, que en España han sido asesinados más de dieciséis mil sacerdotes católicos. Decimos, dieciséis mil.

¿De qué manera?

«Colgados de los ganchos de las carnicerías con el letrero: «Carne de cerdo».

«Crucificados y quemados vivos. Todavía se ven las señales en las paredes.

«Las monjas violadas, contaminadas, llevadas a los lugares de vicio.

«Las personas civiles, fusiladas, si habían tenido la desgracia de conservar encima una medalla religiosa.

«Las iglesias, incendiadas, voladas, transformadas en salones de baile, en cuerdas o en lupanares.

«Los altares, saqueados, las cruces por tierra, etcétera, etc.

«¿Qué ha dicho el mundo de todo esto? Ha pensado, como en Rusia, donde fueron asesinados millones de hombres por dirigentes judíos, en la mayoría de los casos, que se trataba de una «curiosa experiencia social».

«Ya ve usted, señor Presidente, nosotros respetamos en Francia toda clase de opiniones, pero nos horroriza la hipocresía; la hipocresía nos repugna, esté donde esté.

«La justicia no puede ser unilateral. Está muy bien aullar en favor de los judíos, siempre que no guardemos silencio ante las matanzas y los crímenes que traen a la memoria los más terribles suplicios de la antigüedad».

«Lo único que lamentamos en Francia es tener que acoger a todos esos judíos que vienen a quitar el pan a los franceses que han defendido su tierra durante cuatro años al precio de su sangre.

«Si la gran democracia, el gran país de la libertad, de la justicia y de la humanidad que es el vuestro, quisiera hacerse cargo de ellos y hasta de los que ya estaban entre nosotros, y seiscientos de cientos de miles, y establecerlos en la vasta América, prestaría con ello un gran servicio a la humanidad y a muchos franceses al mismo tiempo.

«Por otra parte, ninguno de nosotros, todos antiguos combatientes que hemos luchado en la Gran Guerra está dispuesto—esté usted seguro señor Presidente—a volverla a hacer para vengar a los judíos de Alemania. Por nada del mundo lo haríamos.

«Le saludan muy respetuosamente: DELON, medalla militar, cruz de guerra, citaciones, herido. PUVIS DE CHAVANNES, medalla militar, cruz de guerra, alistado voluntario, herido. GOM-

»BERT, oficial de la Legión de Honor, cruz de guerra, medalla militar, 74 heridas (pérdida de una pierna y de un ojo). GASSE, medalla militar, cruz de guerra, pérdida de un brazo. ALLAIS, cruz de guerra, herido y víctima de los gases».

No está mal que la América judía (Nueva York: un millón de judíos) haya sido advertida de los sentimientos que animan a un gran número, a un número considerable y creciente de franceses de Francia.

La verdadera situación de espíritu del país real de Francia no tiene absolutamente nada que ver con la que expresan algunos periódicos a sueldo.

El antisemitismo más justo ahora expresándose. Los franceses no piden ni quieren programas, sino justicia. Se sienten como franceses y quieren sentirse libres en su tierra. Pues su país legal ha dejado de ser independiente de la Judería.

Por eso esas reacciones de que no está nada mal enterar al Sr. Franklin Roosevelt.

Sin duda al lector no se le ha pasado por alto el pasaje de esa carta a América en que se pide al Sr. Roosevelt que acepte y establezca en su país a la horda fugitiva que Alemania nos envía. Sería una solución.

América ha devorado tantos europeos, que siempre será posible soñar con otros milagros de absorción y asimilación. Sin embargo, no hay que olvidar que sobre este artículo los americanos se muestran desconfiados: desde hace muchos años están en guardia contra un flujo excesivo de emigrantes. Sus escuelas, magníficamente organizadas, hacen lo posible y lo imposible por anglo-sajonizar y americanizar todo lo que el Viejo Continente les envía en germanos, eslavos, latinos, judíos. Pero todo ese material humano es de tal volumen y tan potente que hay que dudar mucho antes de tenerlo por americanizado. Grandes ciudades americanas son enteramente alemanas. Otras, en su mitad o en su mayor parte, son judías. Hay otras, eslavas, que durante la guerra facilitaron a los ejércitos aliados aportaciones muy importantes. Cuanto mejor se conoce este aspecto de la situación, mejor se comprende que el mundo americano se defiende contra el flujo semita que por todas partes se le propone.

Así es que, fiel a una política que data de bastantes lustros, América del Norte continuará cerrando cuidadosamente sus puertas. Entonces, ¿a dónde vamos a pensar que se vayan los judíos, si es que no se les ruega que se dignen permanecer entre nosotros y continuar «chupando» a nuestra pobre Patria?

América está lejos.

Pero Rusia está ahí cerca.

Pregunta, siempre pregunta: —¿Por qué los judíos, sobre todo los judíos que han sido molestados, alemanes o no, no se van a Rusia?—

Un lector me dice:

«Se pretende dar Palestina a los judíos para que la nación judía, diseminada a través del mundo, pueda volver a juntarse; algunos quieren darle Madagascar; ciertos judíos piden Córcega.»

»Ninguna de estas propuestas es posible sin graves inconvenientes.

»¿Por qué no ha de ser Rusia, país esencialmente judío actualmente, la nueva nación judía?

»Allí sí que sobra sitio; todos los judíos del mundo podrían caber cómodamente.

»Es un país inmensamente rico, que es lo que les hace falta a los judíos. Serían recibidos fraternalmente por sus congéneres; se sentirían en seguida como en su casa y gozarían de la política de Carlos Marx tan cara a Blum.

»Expidamos pues a Rusia por barcos enteros a todos los judíos de Francia y de fuera de Francia, y regalémosles los veinte mil millones de oro francés retenidos en Rusia, para que puedan crear un nuevo hogar bien cómodo.

»Sería una obra social magnífica; todo el mundo saldría ganando.

»La felicidad de los hijos de Israel quedaría asegurada; ya no les amenazaría el «programa».

»Y se terminaría con la cuestión judía en nuestro país.

»Y la felicidad del mundo quedaría asegurada.

»¿No piensa usted que sería una cosa excelente?».

Lo pensamos, lo pensamos, la cosa es excelente indudablemente; ahora hay que saber poner el ras-cabel al gato.

No es menos indudable que existen en Rusia inmensos territorios cuya población equivale a cero. Donde hace una temperatura espléndida. La temperatura de Niza, Paraísos florales, paraísos silvestres, sin contar todo lo que podría sacar de las profundidades del Mar Negro una industria de pescadores hábiles. Cuanto más se piensa en ello más se convence uno que Rusia abre los brazos a los comunistas de todos los países y especialmente a los que son de sangre y de culto judíos.

La revolución rusa ha sido hecha por judíos. El nuevo Estado ruso está regido por judíos. Jamás hemos comprendido por qué ese vasto mundo judeo-ruso no se abre, y de par en par, a todas las pálidas cohortes de judíos expropiados.

Habrán quien objete que los invitados tal vez se encuentren expuestos a no encontrar instrumentos, ni órganos ni medios de apropiación y de propiedad en las riberas de la Rusia contemporánea.

LOS CRIMENES POLITICOS DE LOS JUDIOS

IMPOSIBLE es contar en un espacio limitado la historia de los crímenes políticos de Judá. Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días —hasta el día 7 de Noviembre de 1938, en la Embajada Alemana de París— el crimen, el crimen cobarde alevoso contra el enemigo político, ha sido instrumento declarado y preconizado de toda la judería.

El terrorista que el 7 de Mayo de 1866, disparó en el Paseo «Bajo los Tilos», de Berlín, contra Bismarck, era el judío Fernando Kohen, amigo personal del rey teórico de los asesinos, el judío Carlos Marx.

El Presidente de los Estados Unidos James A. Garfield fué asesinado, el 2 de Julio de 1881, en la estación de Washington, por un llamado Guiteau. Bajo este nombre hugonote, se escondía en realidad un hijo de judíos, predicador de una secta «neocristiano-israelita». El asesino declaró ante el juez: «Mi acto me ha sido inspirado por Dios-Jehová. Yo no puedo estar loco, pues Dios no elige sus instrumentos entre locos».

Un complot criminal judeo-masónico fué el que eligió por víctima al tribuno francés Jaures, porque éste se oponía a la política, favorable a la guerra, del Gran Oriente.

El Presidente del Consejo de Ministros ruso Stolypin cayó en 1911 a manos del judío Bogorow. En 1916 fué asesinado el Ministro austriaco Conde de Sturghk por el jefe marxista Adler, quien le disparó un tiro en el mismo Parlamento. A raíz del hecho, el diario socialista de Berlín «Vorwärts», el periódico de los judíos Stampfer, Kuttner, Schiff, etc., escribió que Adler había obrado víctima de enajenación mental. Esta defensa fué eficaz, y cuando después de la guerra se hubo establecido un régimen político de judíos, el Congreso socialista de 1920 declaró solemnemente que «Fritz Adler era un hombre honrado».

El asesinato de los tres zares.

Especialmente terrible es la cadena de asesinatos realizados por los judíos contra los tres zares Alejandro II, Alejandro III y Nicolás II.

El asesinato del primero fué acordado en Londres por un comité revolucionario compuesto casi exclusivamente por judíos. Los llamados Liebermann, Zuckermann y Goldenberg fueron los principales conjurados. La orden fué ejecutada el 13 de Marzo de 1881 por la judía Jesse Helfmann.

Alejandro III cayó envenenado por el médico judío Sacharjin. Durante muchos años ha permanecido sin aclarar el misterio de su muerte repentina; hoy conocemos todo el secreto gracias a

Pero cabe replicar: —¿Qué puede eso importarnos?—

A pueblos normales no se les podría decir esto. ¿Ese pueblo judío es normal? ¿No es el hijo espiritual de Marx, que era al mismo tiempo su propio hijo? Rusia pretende ofrecer al mundo el tipo y el modelo de un Estado donde nadie puede reclamar su haber, dado que nadie es allí propietario de nada... En tales condiciones, el barco que depositase algunas docenas o centenares de miles de emigrantes judíos en la ribera de Colchos, con alimentos, instrumentos de trabajo y tiendas de campaña simplificaría un problema que no se hace más que complicar a capricho.

Sin duda, los Soviets no entenderán así las cosas. La amenaza de tal inmigración parece que les causa mucho disgusto. Repiten por todas partes que sus puertas están cerradas. Que no las abrirán. Pero bueno... La vigilancia de los gendarmes y de los carabineros puede burlarse en Rusia... Bastaría que se quisiera; à bon chat bon rat.

otro judío, Edgar Saltuss, que ha contado todos los detalles del hecho.

Y también el último de los zares de la serie desventurada, el último zar de Rusia, Nicolás II, fué ejecutado, y con él toda su familia, por asesinos judíos.

He aquí lo que el General inglés Knox contó a su Gobierno en un informe oficial: «...El otro partido, a cuya cabeza estaban cinco judíos, había decidido matar al Zar y a toda su familia. Dos de esos judíos, Wainin y Safarow, figuraban entre los que acompañaron a Lenin en su viaje de regreso a Rusia a través de Alemania. La guardia «rusa» que se había apoderado de la familia imperial estaba compuesta por diez letones y tres judíos, uno de los cuales se llamaba Laypont, otro Jurowski; el nombre del tercero no lo he podido averiguar... Jurowski fué el que leyó al Zar y a los suyos la «sentencia». Al terminar la lectura exclamó: «Vuestra vida ha acabado».

El Almirante Koltshak fué asesinado por el funcionario soviético Salomón Tschudnowski, judío. Debatido el caso, Tschudnowski se pronunció por la inmediata ejecución, sin ninguna clase de proceso. «Es nuestra presa —dijo—. El placer de fusilarle no podemos cedérselo a nadie». Del mismo modo, el jefe nacional ucraniano Petljura fué «la presa» del judío Schwarzbart. Uno de los periódicos de Berlín más importantes, entonces en manos judías, cantó el hecho heroico con estas palabras: Schwarzbart es un vengador de los judíos».

«Vengadores», lo han sido todos, desde los más antiguos asesinos de Judá hasta el «inspirado» Frankfurter; vengadores, ayer, contra reyes y emperadores; hoy, contra jefes nacionales y luchadores políticos. Y otras veces —ahora— se han vengado asesinando a representantes del pueblo que especialmente odian. Víctima de la Internacional Judía, cayó muerto el Embajador alemán en Moscú (5 de Marzo de 1918); su asesino fué el judío y socialista revolucionario Blumkin. Y la misma central de asesinatos fué la que acordó la muerte del General alemán Eichhorn, en Kiev.

En el proceso contra el judío Neumann (Febrero de 1925), el procesado declaró que los comunistas y judíos Brandler, Pieck y Ruth Fischer, formaban parte de una conjuración para asesinar al General Seeckt. El héroe nacionalsocialista Horst Wessel fué asesinado con la participación del judío Sally Epstein y de la judía Else Cohn. El Jefe del Partido Guillermo Gustloff fué muerto a tiros en Zurich por el judío Frankfurter, hace aún bien poco. Y judío ha sido el matador del Consejero de la Embajada de París vom Rath.

¿Es necesario añadir más y más nombres a esta lista?

EL JUDIO Y LA CRIMINALIDAD

Y A en la Antigüedad clásica era general el convencimiento de que los judíos son un pueblo con una fuerte tendencia a la criminalidad. Esta idea la encontramos expresada, por ejemplo, en Tácito, en el Libro V de sus «Historias», en los escritores de lengua griega Lysima-

cos y Kairemon y en el egipcio Manetho. Cicerón les llama «proscritos de los dioses», Quintiliano «nocivos para el género humano» y el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo les califica llana y liamente de «ladrones».

El derecho judío confirma absolutamente esta

opinión de la Antigüedad. Ultimamente se ha publicado en Alemania, con el título «Sangre y Dinero entre los judíos», un libro que representa la mejor exposición, que existe libre de toda tendencia o «partis-pris», del derecho vigente judío, el «sulcha aruch». Según las prescripciones de este, cuando dos judíos se asocian para constituir una sociedad mercantil, rige el principio de que si uno de ellos roba algo a un no judío debe entregar a su consorcio la mitad pues tal adquisición entra por completo dentro del negocio judío normal. Si un judío estafa a uno no judío, el derecho judío no castiga su acción, pues el no judío carece en realidad jurídicamente, del derecho de propiedad. Pero si un judío engaña a otro, debe devolverle el producto de la deshonrosa acción; a no ser que no le haya quitado más que la sexta parte o menos de lo que se proponía, pues entonces no está obligado a devolver nada.

En la alta Edad Media consiguieron los judíos el derecho de tomar en prenda los géneros robados, excluyéndose toda reivindicación. De este modo adquirían la propiedad de lo robado, lo cual, por lo demás, siempre les era fácil hacer en virtud de las normas de su derecho. De tal actividad, que remonta a época tan antigua, arraman las relaciones íntimas de judíos y ladrones, que duran hasta nuestros días, y que han hecho posible que la jerga de los malhechores esté llena, en todos los países, de palabras y expresiones hebraicas.

Todavía a comienzos del siglo XIX existían por el centro de Europa numerosas bandas de ladrones judíos, a veces muy bien armadas, cuya actividad era enormemente temida. Además siempre ha habido, y dondequiera, una especial delincuencia judía. La estadística oficial de criminalidad en Alemania, correspondiente al año 1910, aseguraba: «Por lo menos tres veces más judíos que cristianos han sido condenados por los siguientes delitos. La proporción de las condenas sufridas por judíos en el decenio 1892-1901, es como sigue:

Por utilización de billetes de lotería y otros medios análogos, como pago, concesión de créditos ilícitos a menores de edad, y otros casos de egoísmo punible	1.400 %
Usura	1.300 »
Delitos contra la propiedad intelectual	1.100 »
Quiebra fraudulenta	690 »
Contaminación de epidemias al ganado	580 »
Encubrimiento en casos de reincidencia	490 »
Fabricación y venta de alimentos en malas condiciones sanitarias	470 »

Ya antes de la Gran Guerra, los judíos incurrieron en los siguientes delitos en proporción mucho mayor que los no judíos (incluyendo entre estos últimos multitud de judíos conversos): Usura, 33,05 veces más; estafa y circulación de publicaciones pornográficas, 2,04 veces más; falsificación de documentos 2,33 veces más.

No cabe explicar esto diciendo que se trata en estos casos por lo general de delitos con ocasión del comercio. De lo que se trata es de una tendencia racial, de una fatalidad hereditaria a la criminalidad.

Nada menos que el célebre penalista judío César Lombroso, en su obra «Las causas y la lucha contra el delito» sostiene lo siguiente: «Con mucha mayor seguridad que la mayor o menor proporción, se puede constatar el hecho de una criminalidad específica judía: lo mismo que en los gitanos, se observa en los judíos una tendencia hereditaria dominante, y vemos cómo, en Francia, hay generaciones enteras de ladrones y maleantes entre los Ceribeer, Salomón, Levi, Blum, Klein. Los condenados por homicidio son escasos. Hay jefes de bandas organizadas con una habilidad poco usual, como Graeci, Cerebeer, Meyer, De-champs, los cuales llevan libros de comercio y despliegan tanta finura y destreza y son capaces de tal paciencia que pueden durante años y años escapar a la investigación judicial. Los más tienen sus formas especiales de engaños y trucos, como el del anillo, que hacen pasar por una joya valiosa encontrada, o el de la «visita matutina» que consiste en entrar en los cuartos de los huéspedes mientras duermen, cuando se han olvidado de cerrar la puerta...»

Todo ello subsiste hoy. Según datos oficiales, hasta 1929, de 348 estafadores internacionales que operaban en Alemania, 98 eran judíos, esto es, el 28 por ciento. De 136 carteristas internacionales

detenidos en Berlín en 1931, 106 eran judíos, el 78 por ciento; de 163, en 1932, el 82 por ciento.

El delito típico judío es la estafa. Sus clases y formas son tan numerosas y diversas, el judío sabe tan bien aprovecharse de cada suceso y cada circunstancia para sus fines, que una descripción

de sus métodos, agotando la materia, es imposible de hacer. La estafa con frecuencia va unida a otro delito: falsificación de documentos, moneda falsa, trampas en el juego, robo, delitos en el concurso o la quiebra, etc., en que ellos son igualmente maestros.

ISRAELITAS EN LA ESPAÑA ROJA

Introducción. Un negocio como muestra.

La actividad de los judíos ha sido manifiesta en la zona roja española, desde los primeros días del Movimiento. Nada más iniciado éste, Largo Caballero, Presidente del Soviet español, firmó un tratado secreto con el Embajador de los Soviets en España, el judío Moisés Rosenberg, tratado en el que se estipulaba el apoyo de Rusia y las contraprestaciones de la España roja, con toda clase de detalles.

En este tratado, el Gobierno Soviético se obliga a lo siguiente:

1. A proveer a Madrid y a Cataluña de toda clase de armas, municiones, aviones, tanques, petróleo y productos químicos.

2. A organizar y equipar un ejército comunista internacional, para que actúe inmediatamente en el frente rojo de España.

3. A organizar la compra de armas en otros países con agentes propios.

Por su parte Madrid se obliga al pago inmediato de 500 millones de pesetas oro, procedentes de las reservas del Banco de España.

La ejecución de este tratado se regula de la manera siguiente: Moscú nombrará a un determinado número de agentes para la compra de armas, todos ellos judíos rusos (Adler, Lourié, Fuchs, etcétera, etc.) Las entregas han de hacerse a Rusia, a fin de sortear de este modo las disposiciones legales de los países proveedores que garantizan su neutralidad oficial.

Pero las entregas de armas sobrepasan en seguida la suma de 500 millones de pesetas oro que se había calculado en la estipulación del tratado secreto. La España roja se encuentra en descubierta. Hay que aportar rápidamente nuevas cantidades. Para salir de este atolladero, Moscú apela a uno de esos procedimientos característicos de la técnica financiera soviética: poner en movimiento el aparato de propaganda de la Internacional Comunista: el Komintern, el Socorro Rojo, los Amigos de la Unión Soviética, etc., etc. A fines de Diciembre de 1936 afluyen a Moscú 16 millones de francos de Francia, 4 millones de coronas de Suecia, 4 millones y pico de dólares de América y Canadá 70.000 libras esterlinas de Inglaterra, etc., etc., sumas todas ellas obtenidas mediante suscripciones públicas.

Se trata, en una palabra, de enjugar las pérdidas del negocio. Pero como todos los elementos puestos en juego no son suficientes todavía para cancelar esa considerable pérdida, el sistema de suscripciones voluntarias se hace extensivo al territorio de la Unión de los Soviets. Y he aquí un hecho singular: la recaudación por aportaciones espontáneas es tan reducida, entre los trabajadores comunistas, que las cifras no pueden hacerse públicas.

Ahora bien: en el paraíso soviético todo se arregla fácilmente. Al instante se decreta una deducción de los salarios, con carácter obligatorio. Así se reúne una suma de 48 millones de rublos —fines de octubre de 1936— y se mantiene el sistema de deducción de los salarios para contribuciones voluntarias.

La tramoya judía.

Agentes judíos, por un lado. Detentadores judíos del poder soviético por el otro. Entre éstos y aquéllos se arregla el negocio, a costa del patrimonio español y de las arcas del Banco Nacional. El oro español discurre por manos israelitas.

Pero este es el momento de considerar más de cerca esa red soviética de agentes judíos que hoy controlan y fiscalizan todas las actividades del Gobierno rojo español, y que antes del conflicto habían ya establecido posiciones firmes en el territorio de la Península. Los agentes rusos de España, de los cuales vamos a destacar los que

pertenecen a la raza judía, pueden agruparse en estas cuatro categorías:

1. Agentes terroristas procedentes de la Checa, elementos policíacos expertos, enviados a España con poderes especiales.

2. Agentes agitadores, que en calidad de diplomáticos, representantes comerciales y jefes comunistas están sostenidos en todas partes por el Gobierno de Moscú.

3. Oficiales y jefes militares y comisarios inspectores.

4. Comisionados para la compra de armas. Pasemos revista a estos cuatro grupos.

Galería de retratos.

Al primer grupo pertenecen:

El judío A. Wronski, Organizador del crimen motorizado en Madrid, jefe de los destacamentos de investigación y registro y de los pelotones de ejecución. Un hombre que por sus servicios prestados a la GPU se ha hecho acreedor a este puesto.

El judío Bela Kun. El famoso agitador de Hungría hizo un viaje de inspección a España antes de estallar el Movimiento. En julio y agosto de 1936 fué visto varias veces en Madrid.

He aquí los personajes pertenecientes al segundo grupo, judíos también, que pululan o han pululado por la España roja:

Moisés Rosenberg, representante en Ginebra de la Unión Soviética y luego embajador en España. Tomó parte en los Consejos de Ministros del Gobierno rojo. Al ser llamado por Moscú, ante los descalabros de las tropas republicanas, le sucedió en su cargo el judío Leo Jacobson-Habias, juez instructor de la Checa y más tarde delegado del Komintern en América del Centro y del Sur.

Ilya Ehrenburg, conocido en España desde 1931 como agente de propaganda y libelista.

Kolzow-Ginsburg-Friedländer, que llegó a Madrid para dirigir la radio, y es hoy, desde el Consulado General Soviético de Barcelona, el que organiza las emisiones en varias lenguas con los materiales que él mismo y Ehrenburg elaboran.

La figura más destacada del tercer grupo es un semi-judío, Goreff-Rose-Skoblewsky. Fué condenado en Alemania por sus actividades a doce años de trabajos forzados, y más tarde organizó una campaña de terror en China. Es agregado militar en la Embajada soviética de la España roja.

Al grupo cuarto pertenecen los judíos: Wladimir Bischitzki, establecido en Barcelona, organizador de la compra de armas, en colaboración con Samuel Fraktin, agente en París, Rosenfeld y Schapiro (judíos polacos los dos últimos).

Depuración.

De una lista de diez y siete personajes importantes, cuya identidad está completamente establecida, hemos destacado en la enumeración anterior once judíos. Pero este es un pequeño estado mayor, a la cabeza de un cuerpo de ejército innumerable de agentes, oficiales, especialistas y agitadores. En la intrincada red que los Soviets han lanzado sobre el desgraciado territorio de la España roja, el hombre israelita habrá sabido reservarse los nudos esenciales, el sistema nervioso más importante para sus manejos oscuros.

En esta toma de posesión no deja de actuar un sentimiento inconfesable de revancha. La España comunista, que ha vuelto sus ojos a la tradición histórica, sufre esa infiltración con indiferencia. Aunque no es así completamente y hay que pensar que el sano instinto del pueblo mediatizado por la voluntad de los judíos ha de ser fiel a la voz de la sangre y acabará por comprender que vuelve otra vez a levantarse sobre el suelo hispano aquel peligro semita que hizo reaccionar decididamente a los grandes Reyes Católicos Isabel y Fernando.

LA ETERNA CUESTION JUDIA

CUANDO se estudia la historia de los judíos a partir de su dispersión por el mundo después de la conquista y destrucción de Jerusalén por los romanos (año 70 y 132 después de Cristo) y se sigue el curso de sus relaciones con los distintos pueblos entre los que han buscado asiento y refugio, se observa que, donde quiera, han existido épocas de intolerancia, de fuertes reacciones raciales y religiosas contra ellos, de persecución y voluntad de aniquilamiento, y épocas de signo contrario, en que se les ha admitido, llegando incluso a estimarles, y se les ha querido comprender, intentando la asimilación u organizando la convivencia.

En todas partes, el proceso de esas relaciones muestra una línea semejante. Desde la Antigüedad remota—desde mucho antes de la «diáspora» de la Era Cristiana—hasta hoy, podemos ver cómo se repite muchas veces el fenómeno. Esa repetición es lo que da su universalidad y su permanencia, su «eternidad» diríamos, a la cuestión judía, y lo que la hace aparecer ante el historiador—y ante tantos hombres ilustres de Europa de todos los tiempos—como insoluble, pues efectivamente el mundo no lo ha solucionado todavía.

Por lo general, en veinte siglos de historia europea, cuando el judío hace su aparición, como un cuerpo extraño siempre, en medio de una raza o una cultura que aún no le conoce, es bien recibido al principio; bien pronto el pueblo, con un instinto racial más rápido y seguro que las artes y los emperadores, advierte el peligro, sufre el mal y muestra de mil maneras su malevolencia; suelen seguir alzamientos populares, insurrecciones violentas, y luego, cuando el organismo social no está mortalmente minado, prescripciones rigurosas, duras leyes que sin piedad separan de la comunidad a los forasteros, les aislan y reducen y en ocasiones expulsan. Pero pasado y olvidado el peligro, pronto comienzan a oírse voces humanitarias, llamadas a la razón—no a la histórica y racial de cada pueblo, con su derecho a la vida y a la libertad, sino a una razón abstracta como la que, por ejemplo, se divinizó en el siglo XVIII—se abre paso un sentimiento igualitario y reparador, y las cosas comienzan de nuevo.

La historia del pueblo judío desde su dispersión es pues la historia de la cuestión judía. A lo largo de esos veinte siglos, han nacido y muerto imperios y culturas. El judío lo ha presenciado todo, ha participado en ello, unas veces al descubrimiento y otras, muchas más, en la sombra, y ~~permanece inalterable. Es malestar especial cruza~~ la historia entera de Europa desde el Imperio romano hasta nuestros días, y es debido a la presencia de ese cuerpo extraño incrustado en las viejas y nuevas civilizaciones. Cerca de 2.000 años después de conquistar los romanos a Jerusalén, la cuestión judía se nos presenta hoy, atravesándose en la marcha hacia la paz y el progreso de los pueblos modernos, más aguda, más urgente y más universal que nunca.

El historiador alemán Teodoro Mommsen ha escrito en su «Historia de Roma», al referirse al papel que desempeñaron los judíos en la Antigüedad, lo siguiente: «También en el mundo antiguo fué el judaísmo un fermento eficaz del cosmopolitismo y de la descomposición nacional».

Lo mismo que en otras grandes ciudades, desde muy pronto existió en Roma una numerosa comunidad judía, que fué la base para la labor de descomposición de los siglos siguientes. Uno de los fundamentos de la política imperial romana era el respeto hacia las «convicciones y sentimientos» de los pueblos dominados, tratando así de ganar a los vencidos. Los romanos no sospechaban de qué modo iban a agradecer los judíos su tolerancia. También supieron aprovecharse de ella y de la «comprensión» que los más civilizados mostraban por sus costumbres, su religión y su carácter nacional, y de las facilidades concedidas a su comercio y a su ir y venir por el Imperio, que poco a poco fueron infiltrándose en todo él y ganando influencia y poder. Hasta la época de Tácito, auténtico romano de la gran raza, casi nadie sospechó el peligro. El gran historiador caracteriza y sitúa al pueblo elegido en contemplaciones y con palabras tan válidas

para nuestra época como para la suya. Y otro poeta latino posterior llamado Rutilius Namatianus llega a lamentarse—escribiendo en un tiempo desde el que ya se podía ver el proceso de la sorda penetración judía casi consumada—de que el vencido haya terminado por aniquilarse a su vencedor, añadiendo que la victoria sobre Judá había sido una desventura para el Imperio, puesto que al dispersarse, el veneno se había hecho mucho más penetrante y peligroso.

Al hundirse el Imperio y trasladarse el centro de gravedad de la historia europea desde el Mediterráneo hacia el Norte, el judío aparece en seguida en las nuevas ciudades. El juego va a repetirse en otros países, en otros sitios del Viejo Mundo: en España, en Francia, en Alemania...

En las tierras de la Galia y de Germania, conquistadas por Roma, han debido desde muy pronto de pulular los judíos; en otro caso la frase citada del poeta Rutilius Namatianus, lamentando la conquista de Jerusalén, carecería de sentido. En el año 212 el edicto de Caracalla concedió a todos los habitantes del Imperio romano la ciudadanía; son incalculables las consecuencias que esa medida ha tenido para los pueblos occidentales de Europa; con ella se abrió para los judíos de la Diáspora una época de apogeo y de poder sin trabas.

Los Emperadores romanos, cuando se interesaron por la cuestión judía, lo hicieron con la tolerancia tradicional; veían en los judíos únicamente ciudadanos del Imperio de distinta creencia, y después, cuando el Cristianismo llegó a ser la religión del Estado, dejaron a la Iglesia la solución de todos los problemas de la fe, entre los cuales incluían el del pueblo disperso. Pero la Iglesia por su parte consideraba resuelta la cuestión si los judíos confesaban la religión cristiana y se decían convertidos, a lo que ya entonces se avenían principalmente por razones de oportunismo. Es decir, que el problema judío era considerada únicamente desde un punto de vista religioso.

Fué el Pueblo mismo el que advirtió al Emperador y a la Iglesia del peligro; pero hasta el Emperador Justiniano no parece haber encontrado esa reacción popular eco en las altas esferas del Estado; este Emperador, asustado del poder que ya en su tiempo habían alcanzado los judíos, promulgó edictos extraordinariamente duros: prohibió, por ejemplo, a los judíos el ejercicio de los cargos públicos del Estado, declaró nulo el juramento judío ante los tribunales etc., y también la Iglesia, hacia la misma época, indignada de los contratos de los judíos con la herejía, dictó medidas severas, añadiendo a la prohibición del matrimonio entre judíos y cristianos, la de cualquier otra relación entre ellos; prescribió que permaneciesen los hebreos en sus casas durante las fiestas y les prohibió el arrendamiento de contribuciones y aduanas.

Duro golpe éste, pues precisamente eran éstas, cosas en que se ganaba mucho dinero; pero golpe sin efecto verdadero, pues bastaba el bautizo para hacer de un judío un cristiano. Que un judío permanece judío, sea converso o no, era algo que no alcanzaba la conciencia de la época.

A los germanos, después de la conquista, no les pasó lo mismo: el sentimiento fresco, sin adulterar, de un pueblo joven les inspiró medidas y prescripciones para aislar a los extraños a su raza. Era la sangre nueva que hacía su irrupción en un mundo cansado y cálido.

El judío soporta con paciencia la persecución de las leyes visigóticas, y espera, como tantas otras veces, mejores días para él. En efecto, pronto es en Francia bienquisto de nuevo; ni siquiera tiene ahora necesidad de bautizarse; permaneciendo en su religión, si no es un ciudadano con todos los derechos, puede vivir y negociar cómodamente, pues ya han desaparecido las restricciones peores.

Del odio del pueblo, el judío no se preocupa demasiado, pues goza del favor de las altas esferas, principalmente de los príncipes y Emperadores. Cuando esos magnates tienen necesidad de dinero ¿a quién han de acudir si no a él?

Las consecuencias de esta política no podían tardar. Pronto la vida económica entera pertenece al pueblo disperso y su estructura cambia radicalmente en sus manos. De la economía familiar se pasa a la concentración de la propiedad en pocas manos, y pronto una gran parte de la gran propiedad está en manos judías.

En escritos de la edad carolingia podemos ver ya qué rencor y qué protesta levantaba en el pueblo esa situación. Los hombres de Iglesia al fin se dan cuenta de que se trata de algo más que de cuestiones de religión. Hasta la misma Iglesia intentan en aquella época corromper los judíos con su dinero.

Nada soporta peor el pueblo como el ver que sus explotadores, dedicados a una actividad que la conciencia social y religiosa considera como indigna disfruten, gracias al dinero, el favor de los grandes. Ninguna injusticia le es más insuportable al hombre curvado en el trabajo de la propia tierra.

El odio reprimido estalló en varias ocasiones en toda Europa, a lo largo de la Edad Media. Primero el año 1096, cuando la primera Cruzada, en todas las ciudades por donde pasaron los cruzados, hubo saqueos y matanzas de judíos. Aparentemente sin ninguna razón, pues los motivos religiosos con que se trata de justificar la violencia, no llegan a convencer. Era en realidad un estremecimiento general lo que se había apoderado del pueblo, un desencadenamiento de los sentimientos contenidos, una rebelión de la sangre.

Llega un momento en que se afronta resueltamente la cuestión judía. Las nuevas órdenes mendicantes, sobre todo los dominicos, que son casi siempre de origen humilde y que conocen por el apostolado cotidiano las necesidades y cuitas del pueblo, aparecen junto a éste dirigiéndole y alccionándole en su lucha liberadora contra Judá.

Los barrios donde los judíos viven, hasta ahora voluntariamente, son cerrados por altos muros y separados del resto de la ciudad; es entonces cuando nace el guetto. El judío debe llevar el traje distintivo, la toquilla amarilla y el sombrero especial. Se le prohíbe la entrada en las posadas y baños de los cristianos; durante las procesiones ha de permanecer encerrado en su barrio; debe respetar los días de abstinencia y ayuno, etc.

Esto ya era mucho, pero pese a todo, Judá sigue escudándose en la amistad del Emperador y otros protectores, y gracias a ella eludiendo los obstáculos puestos a sus manejos.

Después de las avalanchas mongólicas, que estuvieron a punto de terminar con todo en el Centro de Europa, y que motivaron nuevas persecuciones antisemitas, el judío se quedó sin protección imperial.

Cuando los magnates quieren acudir de nuevo a él, en busca de dinero, al judío se le han escapado de las manos instrumentos mejores: la gran Banca y el gran comercio no son ya de ellos; aquélla la han organizado los banqueros de Italia y de la Alemania meridional; éste se halla concentrado casi exclusivamente en la Hansa alemana, enemiga del judío y creadora de una verdadera ética económica y mercantil en Europa. El judío tiene que acomodarse a la nueva situación.

La crisis del final de la Edad Media destruye la constitución económica de las ciudades fundada en los gremios o corporaciones de oficios. Siguió una época de desocupación y hambre. El judío pronto se las arregla para sacar partido de la miseria del pueblo. Con el privilegio de la usura, que si limitado, aún conserva, trae a depender de él uno tras otro a los trabajadores que luchan para ganarse la vida. El guetto de esa época ha sido calificado por un autor como el «gremio de los gremios» y se convierte en un «rastros» donde se encuentra de todo. Y se adueña igualmente el judío del comercio de comestibles, regulando los precios con sabias maquinaciones y mandando en el hambre del pueblo... Así llega a ejercer el control—casi siempre en la sombra, sirviéndose de una cadena de intermediarios—sobre todas las ramas de la economía de la comunidad en donde actúa, y según su sistema milenario, haciendo de la miseria de los otros poder para él.

Hasta que se produce el estallido y se le expulsa. Primero de España; luego, del resto de los países del Occidente europeo. No se trataba de la anticapalista lucha de clases, ni de una guerra de

religión, sino de la explosión de la sangre contra la sangre extranjera. El cuerpo a punto de ser asfixiado reacciona contra el parásito destructor.

Fué el sentimiento racial herido y aberrojado el que finalmente, tras siglos de sometimiento, logró de un golpe lo que tantas veces se había querido lograr. En Alemania por ejemplo, de una tras otra en 1426, de Colonia; 1429, de Ravinburgo; 1439, de Ausburgo, etc.) en la última decena del siglo XV, habían sido expulsados los judíos de todas las ciudades.

Tras dos siglos encontraron en las ideas humanitarias e igualitarias del racionalismo las armas espirituales para su rehabilitación.

Pronto iban a lograr una revisión completa del

juicio histórico, y gracias a la Revolución francesa, la completa igualdad de derechos.

Por primera vez después de 1.600 años, se desanda la historia para volver a aquel momento del Edicto de Caracalla. Todos los países europeos terminaron por seguir el ejemplo francés. Pero para el judío, «igualdad» de derechos significaba siempre «más» derechos para él.

Pronto se iba a probar esta verdad con el gran capitalismo, con la influencia judía en la política mundial, con el apoderarse los judíos de las palancas de mando, con la adulteración del pensamiento nacional por la ideología judaica. Finalmente, con el marxismo y la revolución comunista.

Con el siglo XIX empieza el capítulo más trágico de la «eterna cuestión judía».

EL JUDIO Y EL OBRERO

Emancipación. El judío busca al obrero.

DESPUES del triunfo del racionalismo y de la Revolución francesa, el judío aparece en el escenario histórico de Europa como ciudadano emancipado. Estos elementos dispersos por los pueblos de Europa, sin una inspiración nacional elaborada en un suelo propio, al cabo de muchos siglos de aislamiento social que ha sido alimentado por el fuerte sentido racial y religioso israelita y por una serie de circunstancias históricas bien patentes, que han convertido al pueblo judío en un cuerpo extraño incapaz de una generosa y desinteresada asimilación étnica, puede decirse que siguen un camino en cierto modo paralelo al de la burguesía en vías a la asunción de todos los derechos políticos. Sin embargo, los fines son distintos y el frente de ataque bien diferente.

El campo de operaciones ofrece muy variadas condiciones en los diversos Estados de Europa. Alemania representa un caso típico y una línea de menor resistencia para la ofensiva israelita. En Francia los judíos se encuentran dentro de una nacionalidad cerrada, y lo mismo ocurre en Inglaterra. Pero en Alemania la idea nacional es una aspiración que carece de contenido político preciso. Por eso examinamos los hechos acaecidos en territorio alemán, como una experiencia en la que se dan las circunstancias más favorables para el desenvolvimiento de la política delineada rápidamente en el pensamiento despejado de una élite con ilimitadas ambiciones.

El momento es propicio para la difusión de las ideas cosmopolitas. Los judíos, impulsados por un deseo tentador de medirse con el mundo que les rodea, animados en el fondo de su espíritu por la conciencia directiva de su calidad de pueblo escogido, abrazan el cosmopolitismo creciente, lo despojan de sus elementos nacionales y lo convierten en internacionalismo. El sentido de confrontación que les empuja no es para ellos voluntad de contribuir al principio natural de selección popular. Lo que quieren es aducir las pruebas de su condición de pueblo escogido.

Dueños de la igualdad civil y política, se encuentran con plena libertad de movimientos. Y entonces se producen dos corrientes de invasión. Por una parte, perfeccionan los instrumentos que ya tenían de alguna manera en su poder. La sed de poderío les conduce a buscar una satisfacción inmediata a sus instintos de hegemonía y para ello, tratan de monopolizar en sus manos el mundo de la Banca y de las finanzas. El prestigio del oro ha de ser la varita mágica que haga depender el mundo político y social de la soberanía de su voluntad. Pero como no son capaces de proponerse otros fines que éstos del puro dominio ilimitado, porque es la única motivación auténtica de su revancha social y religiosa, por otra parte no ven más camino para su preponderancia que el de subvertir todos los valores vigentes, incluso el prestigio mismo del dinero, y difundir una filosofía negativa, penetrando hasta el último reducto de las afirmaciones éticas de la sociedad y del individuo.

Si esto se consigue, si se llega a explotar el disgusto y el resentimiento de las clases más desamparadas de la sociedad, para lo cual les ofrece

perspectivas muy favorables la situación creada por la rápida industrialización de los Estados modernos y el rápido crecimiento de la desgraciada clase proletaria, explotación que ellos mismos por otra parte no dejan de agravar desde el mundo superior de la estructura económica, entonces, por el procedimiento de una lucha subversiva, se ha de llegar a un estado de total nivelación y de nihilismo en el que no sobrenada más que el prestigio de estos nuevos apóstoles, inspiradores de esta era de felicidad universal.

Vamos a ver esquemáticamente cómo se realiza este proceso. De qué manera el capitalismo y el intelectualismo, por los que se ha infiltrado profundamente la raza judía, trabajan estrechamente unidos. El primero, disolviendo los vínculos sociales y el sentido de arraigo al suelo nacional, mediante una industrialización monstruosa y el segundo, ahondando en las heridas de la sociedad nueva, convulsionando todos los principios éticos y fijando la desmoralización reinante como punto de partida de una promesa universal socialista. El escritor judío Alfredo Nossig, colaborador de la Enciclopedia del Socialismo Marxista ha dicho: «las promesas y utopías de los teóricos socialistas, evocan en los judíos el recuerdo de las profecías del pueblo de Israel, que anuncian la dominación judía sobre la tierra».

Dos apóstoles.

Dos apóstoles se levantan ahora sobre el horizonte social de Alemania. Carlos Marx es de pura ascendencia judía. Su padre bautiza a todos sus hijos, movido por el deseo de aliviar la situación social de la familia. Conocemos muchos datos acerca del aislamiento moral de Marx en la escuela de Tréveris. Pero el futuro apóstol se desquita pronto de sus amarguras y contrae matrimonio con la hija de un noble.

Pronto abraza el hegelianismo. Lo que le fascina en la obra de Hegel es el método dialéctico, que produce en su espíritu una atracción irresistible, por su potencia constructiva y porque el pensamiento judío tiene una propensión innata a los métodos refinados de la dialéctica. Se ha hecho dueño de un arma importante y con ella irá demostrando pieza a pieza la estructura de la historia para dejarla exhausta de sus valores. Arte, ciencia, religión son también una especie de superestructura en este materialismo absoluto.

El mismo se ha expresado con estas palabras: «No busquemos el enigma de los judíos en su religión, sino que debemos buscar el enigma de la religión judía en los propios judíos. Y ¿cuál es el impulso esencial de la psicología judía? La necesidad práctica y el provecho propio. ¿Cuál es el culto de los judíos? La usura. ¿Cuál es su Dios? el dinero».

Marx no tolera a su lado a los hombres que le hacen sombra. Lo que más le agrada es verse rodeado de gentes insignificantes, de lacayos y aduladores. Bacunin fué un elemento que suscitó pronto el malestar de Marx. Para eliminarlo no tuvo escrúpulo ninguno, sin el menor indicio de prueba, para acusarle de una malversación. No supo plegarse a las situaciones que le planteaba su penuria económica, y acosó a su amigo Engels con llamadas angustiosas, hasta que éste le fijó una pensión anual de 350 libras esterlinas. Marx ha carecido de toda capacidad para penetrar sim-

páticamente en el alma del pueblo. Estuvo privado de la actividad organizadora más elemental y no ejerció nunca influencia directa sobre las masas. Erigido en un teorizante de corazón frío y cerebro especulativo, dedicó sus ocios a levantar una teoría económica que difundiese en los trabajadores sus principios disolventes, tramados en un cuadro férreo, capaz de suscitar el fanatismo más obtuso entre sus partidarios. Esa filosofía cerrada y total, que es la filosofía del Hegel, no ha dejado de tener una réplica en la construcción marxista, que es un credo exclusivo y único.

La línea de conducta de Fernando Lassalle fué opuesta a la de su gran contrincante Carlos Marx. Hijo de un traficante de sedas en Breslau de origen judío, y algunos años más joven que Marx, Lassalle se dió cuenta pronto de que la Monarquía y el Ejército prusiano eran más poderosos que todas sus esperanzas democráticas. Por eso se dedicó a pactar con las fuerzas dominantes, con el propósito de introducir en Alemania la táctica que su hermano de raza Disraeli había seguido en Inglaterra.

Se creó una bella posición como administrador de una dama aristocrática. Se acercó a la ciencia, al más puro nacionalismo, trató de pactar con Bismarck de poder a poder. Entretanto, revelaba a Marx sus verdaderas intenciones. «Descaba ardientemente el conflicto de Prusia con Napoleón. Pero a condición de que esta guerra... resultase lo más impopular y odiosa posible a las masas».

Su obra se quedó en lo que era, un simple compromiso. No consiguió hacer de su Unión General de Trabajadores el instrumento poderoso con que él había soñado. Por otra parte, despojó el magnífico sentimiento nacionalista ficticio de su carácter romántico para ponerlo al servicio de su política socialista democrática.

Los órganos de prensa en manos judías.

Cuando en el año de 1841 se levanta en Prusia la censura de prensa, los escritores judíos se alían rápidamente en el frente de la literatura periódica de tono más radical. Sería una tarea inacabable el hacer un catálogo de los periodistas judíos y de los rotativos que caen bajo su absoluto dominio incontable. Carlos Marx, de la mano con Hess, infiltra entre los años de 1842 a 1843 en el «Rheinischen Zeitung» el más extremo radicalismo político y social. Engels ha dicho, refiriéndose a un trabajo publicado en 1847 en colaboración con Marx, lo siguiente: «no se ha escrito nada más audaz y descarado en la lengua alemana».

En Octubre de 1843 Marx se hace cargo del periódico de Ruge y dispone el programa de esta revista en los siguientes términos: «una crítica sin consideraciones de todo lo existente». Y en uno de sus primeros artículos declara: «la crítica de la religión es el supuesto de toda crítica. La religión es el opio del pueblo». Desde 1844 aparece en París el periódico «Adelante». Son colaboradores Heine, Hess y Marx. Ya en el año de 1845 se publican en Alemania cuatro periódicos radicales demócratas, todos ellos con gran colaboración judía. En 1848, después de una corta residencia en París, se presenta Marx en Colonia donde se apodera al instante del «Nuevo Diario Renano». En ese mismo año pide ya el periódico que se proteja a todo trance el levantamiento de la provincia de Posnanía y que sean restablecidos por lo menos los límites de Polonia en la situación que tenían en 1772. Además, según el punto de vista de este periódico, Polonia debía también reivindicar una gran parte de la costa del Mar Báltico. Es decir, que Marx y sus colaboradores se anticiparon en 1848 a lo que los aliados realizaron contra Alemania en 1919.

He aquí las consignas de este periódico en el primer número de 1829: Levantamiento revolucionario de los obreros franceses y guerra mundial. El banquero judío Sonnemann saca a luz en 1856 el «Frankfurter Zeitung», que fué hasta 1867 uno de los libelos más violentos de las federaciones obreras alemanas. Y omitimos una interminable lista de hojas diarias, con su correspondiente dirección o profusa colaboración judía para hablar de la «Hoja Semanal Democrática», puesta a disposición del partido de los trabajadores de Sajonia, sometida al control de Marx y a la influencia del judío Jakoby de Königsberg

y al judío Bracke, que el 5 de Septiembre de 1870 instigaba a los obreros alemanes para llevar a cabo manifestaciones de protesta contra la anexión de Alsacia-Lorena a Alemania.

El judío berlinés Pablo Singer es uno de los animadores del periódico «El Socialdemócrata», financiador también de la «Berliner Volksblatt» aparecida en Berlín en 1883/1884. Centro del marxismo internacional, bajo la égida del judío austriaco Enrique Braun, es el periódico «Tiempos Nuevos», aparecido en Stuttgart en 1883, y que discurre bajo un completo anonimato hasta 1890 para esquivar las Leyes socialistas. Este periódico ha sido considerado hasta 1914 como la verdadera enciclopedia del socialismo internacional. Todos los judíos marxistas de Europa desembocaron en él en calidad de colaboradores. Sin tener un conocimiento preciso de este diario, es imposible llegar a comprender la fuerza de la influencia judía sobre la clase trabajadora alemana. Durante la primera época de anonimato, son doce los colaboradores judíos de este periódico. Este número se eleva en 1905 a cuarenta, y en 1913, a cincuenta.

El judío Victor Adler edita en 1866 el semanario austriaco «Igualdad». En 1895 los judíos Fröhlich y Fabianowicz fundan la revista anarcocomunista «Arbeiterzeitung». El judío José Bloch edita y financia en 1895 el «Sozialistische Akademie». De 1901 a 1905 publica Bernstein en Berlín la revista mensual «Documentos del Socialismo». Habría que llenar muchas páginas para hacer un estudio completo de la cuestión. Hay que advertir que la prensa de provincias fué terreno menos abonado para la infiltración del intelectual judío, y que en estos pequeños centros el ambiente antemitita y el sentimiento incorruptible de los elementos populares sanos, impidieron la ofensiva descarada, por lo menos hasta el año de 1914.

La huelga política de masas.

Después de que Engels, el amigo y colaborador de Marx hubó escrito en 1845 (Introducción a la obra de Marx «La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850») que las condiciones para la lucha del proletariado en las calles se habían empeorado por los progresos técnicos del ejército, los elementos judaicos se dispusieron a incorporar en el movimiento obrero de una manera sistemática la cuestión de la huelga de masas, a hacer este tema lo más popular posible y a inducir a los obreros a su ejecución.

La primera propaganda partió del checo Kautsky, en agosto de 1891. «La huelga de masas—decía Kautsky—podía ser en determinadas circunstancias un arma poderosísima no solamente en la lucha económica sino también en la lucha política. Este arma suponía sin embargo, para una feliz aplicación, una perfecta organización de la clase trabajadora».

Desde entonces, y durante todo el último decenio del siglo XIX, se suceden ininterrumpidamente las campañas periodísticas doctrinales, conducidas sobre todo por inspiradores judíos. En 1896 el judío Parvus exclama: «¿Qué significa la huelga política? Significa la conquista del poder por el proletariado». Muy pronto se pasa al terreno práctico. La propaganda ha sido eficazísima. En el año de 1902 los trabajadores belgas promueven una huelga general, para conseguir la igualdad de derechos electorales.

A raíz del fracaso de este primer intento huelguístico de carácter general, se desencadena en Alemania una viva polémica sobre la doctrina de la huelga de masas, dirigida sobre todo por la judía polaca Rosa Luxemburg. El judío Hilferding escribe en octubre de 1903 un artículo que se titula «Acercas de la cuestión de la huelga general». Los trabajadores alemanes conscientes llegan en un momento a temer que esta discusión, tan violentamente planteada por los judíos, lleve a resultados contrarios a la aspiración de todos. Y en un congreso de Colonia un obrero de la edificación, Bömelburg, presenta un informe, proponiendo que los obreros organizados se opongan enérgicamente a todos los intentos de propaganda.

Esta iniciativa encontró la más fuerte repulsa entre los jefes socialistas judíos. Rosa Luxemburg vuelve al palenque en el partido de Jena, insistiendo en la tarea de hacer popular la idea entre los socialistas alemanes: «La huelga general política, empleada en la revolución rusa (1905)

con tanto éxito, ha producido un cambio total en la doctrina». Una semana después vuelve sobre la cuestión en Hamburgo y desde entonces se reanuda la polémica, entre los escritores y los líderes judíos (Max Beer, Schönberg, Radek, etcétera, etc.).

Un poco más adelante llega a sentir inquietud Bebel ante la naturaleza de la propaganda y en el Congreso de Mannheim plantea la cuestión de la responsabilidad: «A un general que conduce a su ejército a una batalla en la cual es segura la derrota, se le tendría por un insensato; y después de hacerle comparecer ante un Consejo de Guerra, se le fusilaría en el término de veinticuatro horas». Pero los judíos se lanzaron en seguida furiosamente a sofocar estos «equilibrios» de Bebel. Gradnauer, Dunker, y Rosa Luxemburg elevaron su voz arrebatada impugnando la pusilanimidad del camarada Bebel.

La ofensiva crece en intensidad hasta el año de 1914. En este barullo ensordecedor se dejan oír los gritos del judío polaco Radek, y de los judíos compatriotas suyos Tyschko, Karski y Warski. En nombre de todos habla el escritor judío Eckstein, el cual propone que ha de ser tomada también en consideración, para los propósitos revolucionarios comunes, la masa del pueblo sin organizar. «La masa inorgánica y sin encuadrar—dice—sigue siendo naturalmente de la mayor importancia. Y en 1914 se lanzan a la propaganda de la huelga con más violencia que nunca estos mismos elementos. Hay que seguir los debates de los Congresos socialistas, los artículos de los periódicos y todo el extenso material histórico de que se dispone para convencerse de que la corrupción de los obreros alemanes, organizada sistemáticamente por el pueblo judío, se ha llevado a cabo principalmente por la propaganda a favor de la huelga revolucionaria. Esos intelectuales y líderes judíos no han visto nunca en el obrero más que el instrumento de su revancha y de su odio. Pero vamos a acercarnos más todavía a los acontecimientos».

Los judíos en las organizaciones obreras.

En todas partes en donde los judíos, desde mediados del siglo XIX, se divorcian de la burguesía para hacerse políticamente independientes y organizar sus ataques contra el orden establecido, aparece invariablemente el judío como compañero o jefe de los trabajadores, asumiendo la función de agitador, a fin de agudizar la lucha de clases, robustecer el pacifismo en la conciencia obrera y cultivar cuidadosamente los sentimientos de odio contra el enemigo interior.

En el Congreso de Nuremberg celebrado en 1868 para incorporar las asociaciones obreras alemanas a la Internacional Socialista fundada por Marx y Mazzini (judíos los dos) se cuentan ya catorce personajes judíos. Poco más o menos lo mismo podemos decir del Congreso de Gotha de 1875. Desde entonces el jefe de la Socialdemocracia alemana es el maestro tornero Augusto Bebel, mediatizado siempre por la influencia israelita. En torno a él se forma pronto un círculo de judíos intelectuales en Berlín, los llamados «caudales Jacobitas», llamados así por el judío Juan Jacoby. Este potentado personaje fué elegido miembro del Parlamento en 1874 y después de su elección renunció a su candidatura, alegando que estaba convencido de que por la vía parlamentaria era imposible transformar un Estado militarista en un Estado popular.

Y desde entonces en adelante crece la infiltración judaica por todos los resquicios de las organizaciones. Esto se hace ostensible sobre todo cuando el partido Socialdemócrata, al derogarse las leyes socialistas en 1890, vuelve a tener una existencia legal. En casi todos los Congresos socialdemócratas celebrados desde 1890 los judíos son mayoría en todas las Delegaciones extranjeras. En el último Congreso celebrado en Alemania antes de la guerra, que tuvo lugar en Jena en 1913, estaban presentes 55 delegados judíos. Pero no es sólo cuestión de números. Los judíos son siempre los que plantean en los debates los problemas más radicales. Y los que defienden con la mayor desaprensión la política cobarde y derrotista. Y así por ejemplo en el Congreso de Chemnitz de 1912 el judío Haase, que preside las deliberaciones, en el informe que hace público sobre el tema «imperialismo» que figura en la orden del día, traza ya perfectamente las grandes líneas de la política socialdemócrata de sabotaje contra la seguridad y la defensa de la na-

ción alemana, que había de desarrollarse en los años de la Guerra Europea.

Se atacan todas las líneas de resistencia. Es necesario también atraerse a la población campesina, sobre la cual las consignas de la jornada de ocho horas y los demás principios marxistas no pueden ejercer ninguna fuerza de seducción. Y la primera campaña y el primer grito de guerra es también iniciativa de un judío, Schönlandt, que en un Congreso avisa del peligro que puede suponer para el triunfo de la revolución los elementos campesinos: «Tenemos que impedir que las abarcas de los labradores y de sus hijos se vuelvan contra nosotros. Tenemos que neutralizarlos y atraerlos al pacifismo».

Los años de la guerra.

Y llegan los años de la guerra. Años de prueba en que un mundo se conjura contra Alemania. «De qué valen los esfuerzos heroicos y prodigiosos del pueblo en armas, la sangre alemana generosamente vertida en los frentes de combate? Detrás de ellos hay un fermento pestilencial, una voluntad disolvente y corrosiva que desde los primeros días del conflicto se dispone a minar su trabajo subterráneo y cobarde la obra del sacrificio diario y gigantesco. Ya el 3 de Agosto de 1914, es decir, tres días después del comienzo de las operaciones, la dirección del partido Socialdemócrata de Alemania se dispone a sabotear la defensa de la nación. El 4 de Agosto de 1914 una fracción de trece hombres rechaza la concesión de los créditos de guerra, como consecuencia de los principios socialistas contrarios al sistema dominante. A este grupo pertenecen los judíos Geyer, Herzfeld y Liebknecht. El 12 de Agosto los dos judíos hamburgueses Herz y Wolfheim declaran que la guerra no ha sido emprendida en interés de los pueblos, sino para favorecer al capitalismo internacional».

Bajo la dirección de Liebknecht y de Rosa Luxemburg se celebran conferencias secretas en Berlín, en las cuales se hace un llamamiento a la guerra civil. Todo el territorio del Reich se llena de estos conciliábulos. A qué grado de impudicia llega esta labor oculta lo prueban las protestas de los obreros conscientes alemanes, que se hacen cargo de la situación de peligro. Uno de ellos, Wilhelm Kolb, publica un folleto titulado «La Socialdemocracia en la encrucijada», en el que habla de «esos hombres teorizantes y desarraigados de Rusia y de Polonia» y de su «fuerte influencia en la política y en la táctica de la Socialdemocracia alemana». Estos obreros comprendieron claramente desde el principio que la agitación marxista de los sin patria estaba movida por los judíos extranjeros solidarizados con los del interior.

Siguen sumándose los judíos a la política contraria a la concesión de créditos de guerra. Pero además, desde los primeros momentos, en la sombra de la impunidad, el mundo israelita empieza a dar cuerpo las ideas más antipatriotas, que iban a ser luego armas de exterminio manejadas por los enemigos de fuera. Una carta de Victor Adler de Noviembre de 1914 contiene ya el primer requerimiento que se ha hecho público, en el que se da la consigna de difamar a Alemania como culpable de la guerra. El número de los impugnadores de los créditos de guerra comprende en 1915 a diez judíos. En Diciembre de 1916, bajo la instigación judía, son ya en el Parlamento cuarenta y tres los diputados enemigos de los créditos de guerra.

Campaña negativa contra la concesión de créditos de guerra, acusaciones contra Alemania. Alrededor de estos dos temas se organiza poco a poco la conjura. Al mismo tiempo se pide la revisión de la Socialdemocracia, o como decía el Presidente de la Conferencia de Gotha Haase, la resurrección del partido que no conoce patrias. En Abril de 1915 aparece el primer número de la Internacional.

Rosa Luxemburg escribe entre tanto desde la prisión su folleto «La crisis de la Socialdemocracia». El judío Sinowjew exclama desde Zurich, a propósito del atentado del judío Adler contra el Presidente del Gobierno austriaco: «A por las masas!»

Revolución roja.

Ha llegado el momento de desencadenar la gran ofensiva del interior, precisamente cuando la labor de zapa precipita el fin de la guerra. Alemania, exhausta, en una situación extrema ante las acciones en armas que la acosan, tiene que vol-

ver los ojos atrás, y dar la batalla al peor enemigo, al que ha chupado su sangre, al que ha ido aflojando los resortes de la sociedad y la fe del Hombre sencillo. Este enemigo es la revolución, pero la revolución sistemáticamente desencadenada por los jefes socialistas judíos y sus voceros, por sus intelectuales a sueldo, por toda la hez israelita que desemboca ahora a través de la frontera oriental y que asciende como un virus contagioso por todas las arterias del organismo nacional.

En Octubre de 1918 Liebknecht y Rosa Luxemburg salen de la prisión y se ofrecen en seguida al Embajador ruso en Berlín, el judío Joffe, que dispone de fondos para la empresa. El judío Bernstein da buenos informes acerca del empleo de dichos fondos. Los elementos de la extrema izquierda lanzan el 10 de Noviembre un llamamiento a la población de Berlín y se constituye un consejo de seis diputados del pueblo, entre los que figuran tres judíos. El mismo día se forma también en Prusia un Gobierno popular revolucionario, del que forman partes también tres judíos. Y lo mismo en Sajonia, en Württemberg. Es inútil la voz de alarma lanzada por Treitschke en una hoja volante: «Los judíos son nuestra desgracia». A los pocos días se forma una comisión de socialización, a la que pertenecen tres judíos. El 6 de Diciembre se manifiestan los desertores y licenciados del ejército en Berlín. Casi toda la prensa está en manos israelitas. Y los judíos lo invaden todo, el Congreso de los soviets de obreros y soldados, las comisiones, los sindicatos obreros, los puestos del partido. El 31 de Diciembre de 1918 se reúne el Congreso de los comunistas, y en él informa Rosa Luxemburg. Se excita a la huelga: «es la actividad más importante de nuestras tareas revolucionarias». Se arma a los espartaquistas. Un esfuerzo titánico e inesperado, a costa de muchos ríos de sangre ahoga la revolución roja.

Versalles.

No han pasado las horas difíciles para Alemania. Hay que liquidar todavía la guerra, en los salones de Versalles. Los judíos, como hemos visto, han sabido tomar sus posiciones con sorprendente anticipación. Ellos han lanzado las más graves y cobardes acusaciones contra Alemania cuando el pueblo entero estaba todavía en armas. No importa que hayan perdido su revolución comunista. Es para ellos un aplazamiento. Ahora hay que atacar por la línea de menor resistencia y operar activamente con la sangre fría de que son capaces sobre el cuerpo sangriento de la nación alemana.

El Ministro de Cultura de Baviera escribe en Diciembre de 1918 las siguientes palabras: «Hemos violado la neutralidad de Bélgica y sólo por eso hemos podido devastar el Norte de Francia. Si no hubiera sido así, los ejércitos enemigos nos hubieran vencido en nuestro propio suelo. ¿Te parece bien el que esto haya sido evitado? A mí no. Soy alemán, pero tengo una conciencia universal, no una conciencia alemana». Su compatriota—si podemos usar esta palabra—el judío Eisner es elevado en Baviera a la presidencia del consejo. Y toda la actividad de este personaje está dedicada desde entonces a suministrar la prueba documental de la culpabilidad única y exclusiva de Alemania en la Guerra Europea.

El 21 de Noviembre de 1918 Eisner exige al Gobierno la inmediata publicación de los documentos sobre el origen de la guerra. Los resultados de esta publicación son bien conocidos. El periódico «Libertad» completamente en manos judías, dos días antes de ser conocido el texto de las condiciones de paz, reclamaba la firma incondicional del Tratado. «Tenemos que firmar» proclamaba la primera página. Y el judío Bernstein defiende con vehemencia la mutilación de Alemania que pretenden realizar los aliados. He aquí unas palabras de su discurso: «Qué exige el programa de paz de los aliados? El establecimiento de las fronteras de Polonia de 1772. Camaradas, esta petición es la misma de Marx y Engels. ¿Y qué es esto de la germanización? No hay más que coger los mapas lingüísticos más conocidos. Estos mapas ofrecen poco más o menos la misma frontera que establece la línea de demarcación de los aliados». Y los judíos socialdemócratas austriacos hablan completamente con el mismo estilo que los alemanes.

Las potencias vencedoras de la guerra mundial no han tenido, como vemos, que molestarse mucho para aducir las pruebas de la «culpabilidad» de Alemania. El mundo judío internacional y

merxista se las ha suministrado complacientemente, sin que nadie se las pidiera.

El judío y el obrero en la democracia parlamentaria.

Los judíos se disponen a recoger los frutos de su trabajo. En la Alemania democrática y parlamentaria esta aspiración encuentra un sólido apoyo internacional. Por eso no es extraño que en estos momentos más que nunca veamos a los hombres judíos sobrenadar y encumbrarse a los puestos más representativos, y sobre todo ejercer su tutela indeclinable cerca de las masas trabajadoras. Han de transcurrir algunos años antes de que el genio nacional y el rigor de los sufrimientos del pueblo alemán despierten el sentimiento capaz de llevar a cabo la depuración social necesaria.

El primer Gobierno del Reich, formado después de la Asamblea Constitucional, se componía de catorce ministros, de los cuales cinco eran judíos. Entre ellos Preuss, el autor de la Constitución. Cincuenta y cinco representantes obreros judíos han desfogado desde entonces por el Parlamento: 31 en la primera Legislatura, 26 en el período 1928-30, etc., etc. En los Congresos anuales del partido socialdemócrata aumenta considerablemente el número de delegados judíos con el transcurso de los años: 35 en el Congreso de Weimar, 55 en el de Berlín. En abril de 1925 se reúnen las juventudes socialistas en Jena. Por iniciativa del judío Lewy-Breslau se to-

ma el siguiente acuerdo: «La Socialdemocracia no tiene hoy ninguna patria ni ningún Estado». Esto lo explica perfectamente que los judíos adopten una actitud negativa frente a todas las cuestiones vitales para Alemania, por ejemplo, cuando se plantea en el Parlamento la construcción de un acorazado, frente a la cual se pronuncian tres teorizantes judíos.

Los judíos israelitas tienen en sus manos todo el aparato de la organización socialista, dominan e inspiran sus organizaciones culturales, publican revistas antipopulares como «El hombre de mañana». La producción de obras socialistas está absolutamente controlada por ellos. Sería necesario reproducir interminables listas de nombres judíos, que por otra parte andan en libros bien conocidos y al alcance de todos. La hegemonía de los judíos en la vida política, artística y social de Alemania es un fenómeno del que no se tiene realmente una idea muy clara, pero que llega realmente a un grado de asfixia intolerable. El Nacionalsocialismo ha tenido que ir desmontando poco a poco, en todos los órdenes de la existencia nacional, el organismo del que eran parásitos y al que mediatizaban para desangrarlo más cada vez y reducirlo a la impotencia. El camino estaba bien expedito y no hacía falta mucho ya para que los judíos hubiesen llegado al coronamiento de su obra.

Ha hecho falta un sacudimiento profundo, desde las zonas más auténticas del sentir nacional, para realizar el milagro. Alemania vuelve a nacer después de una pesadilla que ha durado casi cien años.

EL JUDAISMO Y LA REVOLUCION ROJA

Los judíos aparecen intimamente mezclados a todas las revoluciones que, en las formas más diversas, se han desencadenado en el mundo entero. La revolución es un instrumento, seguramente el principal, para el fin supremo de toda la judería universal: la destrucción de las civilizaciones y la erección de su dominio sobre todos los puntos de la tierra.

Actualmente, después de la implantación del comunismo en Rusia y su propagación, dirigida por el gobierno soviético—gobierno judío— a los otros países, nos encontramos ante la batalla decisiva. Esta contienda final fué profetizada hace unos 100 años por el célebre escritor alemán Wilhelm von Humboldt, con las siguientes palabras:

«En la comedia que va a ofrecernos el próximo siglo, el XX, hay que contar con la definitiva determinación del destino de los judíos europeos (podía haber dicho: los judíos del mundo entero). Está completamente claro que ahora, una vez que han pasado el Rubicón no les queda otra cosa por hacer que o convertirse en los dueños absolutos de Europa, o perderla, como ya una vez perdieron Egipto cuando se encontraron en una situación análoga».

Dispersos desde hace dos mil años, reducidos a impotencia, los judíos han sido en todos los tiempos sediciosos entregados a su obra de destrucción con sordo encarnizamiento, y por eso les encontramos en todas las revoluciones del mundo moderno desempeñando un papel predominante.

El que les correspondió en la revolución francesa de 1789 fué casi siempre encubierto. No necesitaban en realidad descubrirse, pues la masonería, instrumento suyo, asumía la dirección de todo el proceso revolucionario y les ocultaba. Queda al descubierto únicamente la actividad de algunos de sus partidarios: los 300 francmasones de la Asamblea constituyente lucharon rabiosamente por obtener para los judíos la igualdad de derechos civiles. Gracias a ellos los proscritos iban a entrar en la sociedad.

Cuando se estudia—como lo ha hecho con todo rigor científico el escritor francés De Poncins— la actividad de la Francmasonería en esa época, se vé que eran judíos los inspiradores de las logias más activas en azuzar y provocar a la acción revolucionaria. Por lo general, el judío no tiene ningún interés en dar la cara cuando la masonería le supe. Las actas de la «Alta Venta», por ejemplo, nos revelan que los principales adeptos

de esta logia eran judíos y que fué por su medio como se obtuvo el dinero necesario.

A partir de 1848, la influencia judía en todas las revoluciones europeas se hace cada vez más evidente. Hasta tal punto es sensible, que el Primer Ministro de Inglaterra, el judío Disraeli, declaró públicamente que los judíos son los promotores universales de la revolución roja. He aquí lo que escribe:

«El mundo está dirigido por personalidades completamente distintas de las que se figura el que no vé lo que hay detrás de los bastidores... Esta poderosa revolución, que precisamente ahora se expande e hierve en Alemania... se desenvuelve por completo bajo una dirección judía».

Y más adelante:

«En las últimas explosiones revolucionarias de Europa puede verse con toda claridad el infame judío... El pueblo elegido está trabajando a una con los ateos y los miembros más relevantes del capitalismo se alian con el comunismo. El pueblo elegido marcha del brazo con la escoria humana de Europa. Y todo porque los judíos quieren destruir esta Cristiandad, cuyo nombre aborrecen y cuyo dominio no pueden soportar por más tiempo». («Vida de Lord Georges Bentinck», publicada en 1852).

Palabras que tienen su mejor confirmación en estas otras del Príncipe Metternich:

«Existen en el Imperio alemán fuerzas revolucionarias, que aún no se han manifestado del todo, pero a las que hay que temer especialísimamente por ejemplo, el elemento judío... En Alemania desempeñan los judíos el papel principal y son revolucionarios de primera fuerza. Entre ellos hay escritores, filósofos, poetas, oradores, publicistas, banqueros, y todos guardan en la cabeza y en el corazón una tenaz voluntad de venganza. Llegará para Alemania un terrible día, que les pertenecerá, seguido de un despertar del pueblo que ha de ser terrible para ellos. (Discursos del año 1849).

Palabras proféticas también éstas.

No es posible en esta breve ojeada ir siguiendo al detalle la participación judía en todas las revoluciones modernas. Analizaremos después con mayor detenimiento esa participación en la más es-

pantosa de todas las revoluciones, la rusa. Es en ella donde aparece si cabe con mayor claridad. Desde el primer momento, en Rusia tuvieron los judíos que actuar al descubierto, pues la masonería estaba prohibida. Les vemos dirigiéndolo todo en los años de preparación, de terrorismo y propaganda, y después orientando toda la marcha del estado de los soviets, cubiertos por la figura de Stalin.

El huracán revolucionario desencadenado al terminar la guerra mundial en Europa fué obra de los judíos: ellos son los jefes; las masas las reclutan en el fermento del proletariado ávido de Botín, en ocasiones también entre utopistas alucinados por su hábil propaganda.

Lo mismo que el «espartaquismo» alemán, el Bolchevismo húngaro fué un movimiento judeomasónico: los documentos oficiales húngaros lo prueban irrefutablemente. He aquí lo que se desprende de ellos:

El 22 de Marzo de 1919 fué instaurada la República Soviética en Hungría. Sus fundadores eran todos judíos; así, el Ministro de Justicia, Hermano Kunzi (por verdadero nombre, Kohn), el Comisario del Pueblo Hermano Jaszi, el Hermano Agostón Peter, el Hermano Lukacs, hijo de un millonario judío de Budapest, y sobre todo el Hermano Bela Kun (Kohn), un criminal de derecho común que pudo acogerse después a la protección del gobierno austriaco.

El gobierno de la República Soviética húngara se componía de judíos. Citemos tan sólo los nombres más conocidos: el sanguinario Tibor Szamuely (1) el Presidente del Gobierno Alejandro Garbal (de verdadero nombre Grünbaum); Bostanze (Bienenstock), Ministro de la Guerra; Ronay (Rosenstengel), Ministro de Justicia; Varga (Weichselbaum), de Hacienda; Vince (Weinstein), Comisario de la Ciudad... Todos, todos judíos. Sólo Oskar Czerny pretendía no serlo.

Los ciento treinta y cuatro días que duró el dominio comunista sembraron el pavor y la miseria por todo el país; muchos miles de víctimas inocentes fueron asesinadas de un modo horrible; mientras tanto los explotadores judíos robaban oro, joyas, piedras preciosas, por un valor de unos 3.000 millones de coronas y los ponían en seguridad; 127 millones fueron enviados a Austria para fines de propaganda.

Casi inmediatamente después de la proclamación de la República Soviética apareció un manifiesto, bajo el título «Pueblo de Israel», en que se invitaba a los judíos, tomando por base las promesas de los profetas, a apoderarse de toda Hungría. Característico es también que en los días revolucionarios no se permitiese otra bandera, junto a la roja de la revolución, que la azul y blanca de los sionistas.

El documento oficial húngaro, de que nos servimos para estos datos, añade que en aquellos días se realizó el gran caos que los Sabios de Sión anuncian desde el año 1897. Parecía el comienzo del dominio judío del mundo. Como prueba concluyente del confubernio entre Francmasonería, espartaquismo, comunismo y bolchevismo, basta recordar que la Liga de la paz tiene la bandera azul y blanca del Estado judío: tres campos horizontales, el de arriba y el de abajo blancos, el del medio azul; esa pretende ser la enseña orgullosa de todas las naciones cuando el judío pueda reducir las a su yugo.

Igualmente indiscutible es la predominante influencia judía en la revolución alemana de 1918. También en ella son judíos los directores y los promotores de todo el movimiento sedicioso. La República Soviética de Munich estaba compuesta por judíos: baste citar, de entre muchos otros, los nombres de Liebknecht, de Rosa Luxemburgo, de Kurt Eisner, etc.

Después de derrumbado el régimen imperial se abalanzaron los judíos en masa sobre los puestos

(1) Szamuely cruzaba Hungría en un tren especial, al que subían a él nunca pudo contar más lo que había visto. Donde el tren paraba, quedaban colgando cuerpos humanos de los árboles y la vía se llenaba de cadáveres destrozados.

Szamuely permanecía durante días y días sin salir del tren. Treinta terroristas escogidos velaban por su seguridad. El tren se componía de dos coches salón, dos coches de primera clase para los pistoleros y dos de tercera para las víctimas. En estos últimos tenían lugar las ejecuciones; se nadaba en ellos en sangre. Luego eran arrojados los cadáveres por las ventanillas. Mientras tanto, Szamuely seguía su viaje recostado en el coche salón, en una decoración de espejos y sedas. Una simple mirada suya significaba la vida o la muerte. [C. de Tormay, "El Libro Prohibido", página 204].

de gobierno más importantes. El nuevo Gabinete alemán estaba inspirado por el judío Haase (Ministro de Relaciones Exteriores) y por el judío Landsberg. El primero tenía a su lado al judío Kautsky, un checo que aún en 1918 no poseía la nacionalidad alemana, y a los judíos Kohn y Herzfeld.

Otro judío, Schiffer, auxiliado por Bernstein, era Ministro de Hacienda; el judío Preuss, el autor de la Constitución de Weimar, Subsecretario del Interior.

Sobre la obra de este último, y por lo tanto sobre el capítulo más importante de la historia de la República alemana, he aquí lo que ha contado otro judío, el escritor Paul Nathan en el periódico socialista de Berlín, «Vorwärts», de 9 de Octubre de 1925:

«En uno de aquellos días de finales de otoño, Preuss, que ya en aquel tiempo no solía hacer ninguna visita, apareció de pronto en mi casa y me hizo la siguiente pregunta: Ebert (el Presidente de la República) me ha encargado de redactar el proyecto de la Constitución del Reich. ¿Debo entrar en el Gobierno? ¿Debo aceptar el encargo? Sin vacilar le contesté: «Naturalmente, si le dejan a usted las manos libres para hacer una Constitución democrática». Media hora después es-

tábamos con Teodoro Wolff, en el «Berliner Tageblatt», y en seguida llegó el hermano de Maximiliano Harden, y todos nosotros estuvimos de acuerdo en que Preuss debía dar una respuesta afirmativa. Y Preuss salió de la calle de Jerusalén (¡qué estupenda coincidencia!) para ir a la «Wilhelmstrasse».

Así comenzó, entre cuatro judíos y en la calle de Jerusalén, en la redacción de un periódico judío, la República alemana.

Obligados por la reacción popular y también, parece ser, obedeciendo a una consigna secreta, fueron después los judíos en Alemania abandonando poco a poco los puestos de mando de mayor influencia; pero sin que disminuyera su influencia en los instrumentos de poder, las finanzas, la prensa, etc., hasta el advenimiento de Adolfo Hitler.

En general al judío no le interesa nada, como ya queda dicho, aparecer al descubierto. Cuando las circunstancias le permiten dirigir e influir en el Gobierno desde la sombra, deja con gusto que los nacionales ocupen los puestos. Su lucha contra un pueblo o un gobierno sólo comienza cuando éste intenta oponerse a sus manejos y a su explotación país.

LA REVOLUCIÓN RUSA

Los judíos y el bolchevismo.

TODO el trabajo que se ha puesto en querer demostrar que el bolchevismo no tiene un origen específicamente judío, es tiempo perdido. Los hechos prueban lo contrario, y contra los hechos no se puede ir. Por lo demás no faltan confirmaciones de esa afirmación procedentes de los círculos judíos más autorizados. Que se trate de palabras no destinadas a la publicidad, no les quita valor: al contrario.

He aquí algunos textos concluyentes.

La «Jewish Chronicle», de Londres, escribía en 1919:

«El hecho que haya el bolchevismo, el hecho que tantos judíos sean bolcheviques y el hecho que los ideales del bolchevismo coincidan con los del judaísmo, son significativos y de un gran alcance (Citado por el «Morning Post», 5 Febrero 1920).

La misma revista publicó en el año 1920 un trabajo de uno de los más importantes escritores judíos, Israel Zangwill, en que éste se deshace de entusiasmo ante «la raza que ha producido un Disraeli, un Reading, un Montagu, un Kurt Eisner (el Presidente del Gobierno Soviético y sanguinario de Munich) un Trotzki». En su orgullo de judío equipara Zangwill a sus correligionarios del Gobierno inglés, a los judíos de Hungría y los bolcheviques. ¿Existe alguna diferencia? Todos son judíos y por lo tanto igualmente relevantes y útiles representantes de su raza.

En un discurso pronunciado en Nueva York en 1919, el conocido rabino I. N. Magnes decía lo siguiente:

«Una vez que el judío da sus pensamientos, su alma entera a la causa de los trabajadores, de los pobres y de los desheredados, pertenece a su condición fundamental llegar hasta la raíz de las cosas, hasta las últimas consecuencias. En Alemania ha estado representada esta actitud por un Marx y un Lassalle; en Austria, por un Victor y un Federico Adler; en Rusia, por Trotzki. Comparemos por un momento la actual situación de Alemania con la de Rusia: en ambos países la Revolución ha dado rienda suelta a fuerzas creadoras. Produce admiración ver en qué medida han participado los judíos en esta obra. Revolucionarios, socialistas, mencheviques, bolcheviques, independientes o antiguos socialistas, llámeseles como se quiera, todos son judíos y en todas las agrupaciones revolucionarias se les vé actuando o dirigiendo».

En el periódico comunista de Kharkoff, Abril 1919, escribe un tal Kohen:

«Sin exageración puede decirse que la gran revolución social de Rusia ha sido hecha por los judíos. Es que las masas sometidas y acobardadas de los trabajadores y campesinos rusos hu-

bieran sido capaces por sí mismas de sacudir el yugo burgués? No, sólo los judíos han podido traer al proletariado ruso la aurora de la internacional revolucionaria; no sólo han traído por sus manos el régimen soviético, sino que aún lo guían hoy.

Podemos dormir tranquilos mientras el camarada Trotzki sea el jefe supremo del Ejército rojo. En el Ejército rojo no hay judíos como simples soldados, pero todas las comisiones y organizaciones soviéticas son judías. Los judíos guían a las masas del proletariado resueltamente a la victoria.

El símbolo judío, que desde siglos ha luchado contra el capitalismo, ha llegado a ser el símbolo del pueblo ruso. La estrella roja de cinco puntas, el emblema del sionismo y del judaísmo, ha sido aceptado por la revolución. Tras ese emblema avanza la victoria, el fin de los explotadores y de la burguesía... Las lágrimas de los judíos se han convertido en gotas de sangre».

La preparación de la Revolución.

Examinemos ahora los hechos.

El año 1917 es derribado el Imperio de los Zares. El Gobierno y la administración quedan destruidos. Los ejércitos son derrotados y aniquilados incontables veces. De la masa del pueblo se apodera un viento de catástrofe. Los intelectuales contemplan el advenimiento del caos sin poder hacer nada, resignados a una caída que ya nada puede contener. Presidiendo el desastre hay ahora un jefe de Gobierno débil, incapaz de mandar a los acontecimientos.

Tras un gobierno de transición, en Octubre de ese año, se apoderan los bolcheviques del poder. Diez hombres son los responsables en última instancia de todos los acontecimientos de este mes y de lo que va a venir. Son los diez componentes del Buró político del partido bolchevique. De los diez, sólo uno tiene sangre completamente rusa, el llamado Bubhoff, y su papel es de escasa importancia; hay otro ruso, pero con una presunta mezcla de sangre judía: Lenín; un polaco, un georgiano —Stalin—, y seis judíos puros.

La mayoría absoluta de los diez hombres responsables de la revolución bolchevique era pues judía. La revolución rusa, que durante años y años iba a producir infinitos dolores y miserias al pueblo ruso, y una infecunda y sangrienta descomposición, ha sido traída por los judíos. El mes de Octubre de 1917 no significa la conquista de la «libertad» por el pueblo ruso, sino la conquista del poder por el judaísmo.

Un largo camino preparatorio conduca a este desenlace. Quien quiera comprender la conquista del poder por los judíos de la Rusia Soviética, debe saber algo de lo que ha sido el desenvolvimiento de la vida de los judíos en Rusia durante los últimos 150 años. Rusia es el país donde

Judá ha tenido en los últimos dos siglos su mayor campo de expansión; ha formado allí importantes y fuertes comunidades y sobre la base de una tradición religiosa social y nacional, ha podido desarrollar de un modo más puro que en otras partes sus propiedades raciales.

Bajo el dominio de los Zares han soportado una vida de esclavitud; sólo podían los judíos establecerse en una parte del Imperio ruso y la adquisición de tierras les estaba completamente prohibida. El pueblo, lo mismo que los círculos oficiales, les consideraban como un pueblo extranjero, al que se soportaba a disgusto.

El fin de semejante situación, parecida a la que se dió en los otros países de Europa antes de la expulsión, no podía venir mientras durase el régimen zarista. Eso explica que los judíos hayan participado en una proporción enorme en todos los movimientos revolucionarios, desde los comienzos. El fin del zarismo y del orden social existente, era para ellos la posibilidad de una modificación radical de su existencia. Bajo qué signo político debía venir el cambio revolucionario, les era completamente indiferente; les importaba únicamente producir un estado en que no sólo pudieran derogar su situación de excepción, sino que les ofreciera la posibilidad de desarrollar sin trabas su voluntad de poder y de dominio.

Por eso ha desempeñado el judío en el movimiento revolucionario ruso un papel de primer orden desde sus orígenes, teniendo en sus manos casi siempre la dirección de todo.

Uno de los núcleos esenciales de este movimiento ha sido la llamada «Unión General de Trabajadores judíos de Rusia y Polonia», conocida abreviadamente por el «haz» o la «unión», fundada en 1897. En 1898 se fusionan las numerosas organizaciones judías de Rusia formando el Partido Obrero Social-demócrata de Rusia. El «haz» tiene en la fusión una participación fundamental. De los nueve fundadores del partido social-demócrata, sólo dos son rusos; cuatro son judíos. El primer congreso del partido se celebra en Minsk, uno de los centros de la región de asentamientos judíos. De los miembros del Comité central del partido, tomada la media de los años comprendidos entre 1903 y 1917, más de la tercera parte, a veces hasta el 50 por ciento, son judíos. El «haz» judío, que pertenece como comunidad autónoma al Partido social-demócrata, representa en él con la mayor energía las tendencias nacionalistas judías. Su fin no es principalmente la liberación de las masas obreras y campesinas de todo el Imperio de los Zares, sino la consecución del poder judío.

Detrás de Stalin.

Al establecerse el régimen bolchevique en los años 1917-1918 el dominio judío no quedó sin embargo, asegurado sin más. Por un lado el régimen todo estuvo terriblemente amenazado en los siguientes años de guerra civil; por otro lado, las luchas entabladas dentro del Partido triunfante ponían en peligro los propósitos de poder de los judíos. Su lucha hubo de proseguir después de la victoria de la revolución. Las figuras principales de esta batalla, ya específicamente suya, son Trotzki (cuyo nombre judío es Bronstein) Zinowiew (Apfelbaum) Kamnew (Rosenfeld) y Radek (Sobelsohn). Lenin es declaradamente filosemita y toma siempre enérgicamente el partido de sus camaradas judíos. Pero al cesar su actividad política y especialmente después de su muerte se desencadena una lucha intestina extraordinariamente dura, en la cual entre otras cosas entra en juego la posición predominante judía. Hasta la estabilización definitiva de la dictadura de Stalin no se puede hablar de posiciones fijas. La entronización de Stalin y su pronunciamiento por los fines judíos significa el final de la lucha judía por el poder. La época que comienza con Stalin y que aún dura es para los judíos la época de expansión de las posiciones ganadas.

El Congreso del Partido celebrado en Diciembre de 1927, en el que Stalin consiguió todo el poder marca un punto capital en la lucha por los fines judíos. Una de las alas de que se había servido, la de Trotzki y sus camaradas, es aniquilada. Es sustituida por otra, que ahora alcanza la posición central: la de la camarilla de Kaganowitsch. Mientras que los cuatro judíos citados, compañeros de Lenin en los primeros tiempos de la revolución, aparecen en el foro para defender ante la opinión soviética sus posiciones, otro judío mucho más cauto ha comprendido la falta de sentido de esta lucha y se ha trazado

un nuevo plan estratégico, decisivo hasta hoy y probablemente por mucho tiempo, para la judería soviética; ese judío se llama Lázarus Mosessohn Kaganowitsch, el cual adivina en Stalin al hombre del porvenir, se coloca resueltamente a su lado, y comienza a reunir en torno suyo las fuerzas judías que ya han empezado a soltarse del grupo de Trotzki. Pronto se convierte en la cabeza de una camarilla judía, colocada detrás de Stalin e influyéndole. El grupo de Kaganowitsch es definitivamente el factor influyente de todo el Estado soviético. Gracias a él el dominio judío ha sido definitivamente asegurado.

Por eso es absurdo pensar que la lucha de Stalin contra el grupo de Trotzki tenga algo que ver con el antisemitismo. Naturalmente el programa de Stalin es demasiado habil para mandar callar las voces aisladas antisemitas que pueden sonar en el fragor de la lucha; pueden servirle para el aniquilamiento de su enemigo. Pero en cuanto la victoria fué alcanzada y el nuevo régimen Stalin-Kaganowitsch comenzó, las cosas cambiaron. El dictador ejecuta sus planes ahora con ayuda de la camarilla judía. No «soporta» que se extienda la influencia judía, pero la protege a todas luces haciendo sus colaboradores más íntimos a judíos y nombrando para todos los puestos funcionarios judíos.

El último fin.

La época de Stalin es la época del dominio judío en Rusia.

Cabe preguntar por qué los judíos para la consecución de sus fines han elegido precisamente el camino del bolchevismo, es decir el más extremista entre todos los movimientos radicales de izquierda, el más pronunciadamente anticapitalista y por lo tanto el más contrario aparentemente a la naturaleza mercantil judaica.

Hay que tener en cuenta, en primer lugar que una gran parte de los judíos se había adherido primero a los partidos revolucionarios moderados los que no eran enemigos de la propiedad privada. Después de la revolución de febrero de 1917 consiguieron del Gobierno de Kerenski la igualdad de derechos civiles y protegieron con todas sus fuerzas el nuevo régimen. Muchos judíos hasta combatieron abiertamente contra el bolchevismo; el «haz» llegó a declarar a los bolcheviques enemigos de la revolución. Pero según iban ganando los bolcheviques posiciones y se iba haciendo claro que les pertenecería el futuro, los judíos empezaron a pasarse en masa a su lado para ocupar a tiempo las posiciones victoriosas. Especialmente a raíz de la toma del poder por los bolcheviques una avalancha de judíos acomodaticios se pasa al partido triunfante. Es bien significativo que la gran masa de judíos entre en el partido comunista precisamente entre los años 1917 y 1921, es decir los años del triunfo. En 1922 la participación judía en el comunismo ha alcanzado su punto máximo.

Pero no hay que olvidar lo que hemos dicho repetidamente, que la dirección del bolchevismo ha estado en manos judías desde el comienzo. El bolchevismo se pretende anticapitalista; con ello parece ser el enemigo de la concepción económica y capitalista judía; sin embargo, sólo lo es para un observador superficial.

Los conjurados hebraicos que lograron el poder para el bolchevismo veían las cosas con mayor profundidad. Son ellos los verdaderos ejecutores del programa del judío Carlos Marx, que ellos han entendido mucho mejor que todo el resto de los partidos marxistas, parados en compromisos y medias tintas.

¿Qué quiere ese programa?

El judaísmo debiera, hay que reconocerlo, contentarse con el orden capitalista que le da la posibilidad de ricas ganancias y a través de ellas el ejercicio del poder. Y de hecho los judíos han sabido en todos los países aprovecharse de las ventajas del orden capitalista. Sin embargo su situación en los sistemas capitalistas que hasta ahora existen no es totalmente satisfactoria para ellos. Estos sistemas se han edificado en los distintos pueblos como organismos nacionales. La internacional de la gran finanza ensaya desde luego, hasta ahora sin éxito, de destruir esos organismos. Y en ellos los judíos son y serán siempre un cuerpo extraño, siempre serán tenidos por tal y siempre tienen que enfrentarse con nuevas fuerzas defensivas que despiertan.

Por eso el marxismo judío pretende la destrucción de la comunidad nacional. Quiere que desaparezca definitivamente la marca que lleva el ju-

dío de ser algo ajeno y extraño, marca que la emancipación política y social no ha podido borrar del todo. Por eso quiere abrir un camino totalmente nuevo: se hace conductor del proletariado, predica la lucha de clases, que debe destruir las naciones, y se propone como último fin un internacionalismo bajo el cual todos los pueblos y razas sean «iguales», y por lo tanto donde los judíos ya no puedan sentirse ni ser sentidos como un grupo forastero. El nuevo poder se funda en condiciones completamente distintas de los sistemas del capitalismo privado. El suelo, las fábricas, las bancas, los medios de transportes, etcétera, pertenecen ahora a lo que pretende ser el Estado, es decir en verdad al pequeño grupo de representantes del poder. Y ahora que todas las diferencias raciales y nacionales han desaparecido los judíos pueden alzarse mucho más fácilmente que antes hasta los puestos de esas representaciones. Prácticamente el sistema económico «socialista», del marxismo, como veinte años de revolución soviética ha inostrado, se convierte en corto plazo en un sistema capitalista de Estado, el capital, cuya posesión estaba antes asociada a un riesgo para el propietario, está ahora a disposición de los que ocupan el poder del Estado en una medida ilimitada y casi sin riesgo alguno. El grupo que gobierna alcanza así el mayor poder imaginable y los judíos, como los inventores y propulsores de nuevos sistemas y los conductores de la lucha, se apoderan de las palancas de mando.

Los jefes bolcheviques judíos han sabido desde el principio comprender estos elementos del programa marxista. Naturalmente que no todos los ven con esta claridad sus últimas consecuencias. No las ve en absoluto la masa de los primitivos miembros del partido, que siguen ciegamente la dirección judía, ni tampoco el pequeño número de fanáticos instruidos y medio instruidos que se hace una idea romántica y ajena a la realidad de un estado futuro bolchevique.

Pero sin ningún género de dudas, los promotores judíos han sido conscientes, en mayor o menor medida, de las posibilidades últimas de su revolución tal y como las acabamos de exponer. Para ellos el comunismo ha significado desde el comienzo un medio para la consecución del dominio del judaísmo por el mundo entero. Primero, para terminar con todas las leyes de excepción y todas las humillaciones soportadas por el pueblo elegido, después para alcanzar una posición dominante en el país que les da acogida y finalmente para la edificación gradual de un poderío judío universal.

Sólo así puede explicarse la energía sin igual que los judíos han puesto en la lucha revolucionaria y las simpatías que en todos los círculos judíos del mundo despierta incluso hoy el Estado bolchevique.

Sólo así puede explicarse la ayuda que muchos grandes capitalistas judíos del extranjero prestaron a los promotores de la revolución rusa. En su libro «Les forces secrètes de la Révolution», publicado en 1919, utilizando los datos de los documentos encontrados por los servicios secretos americanos, León de Poncins sostiene que la revolución rusa ha sido subvencionada por financieros judíos de los Estados Unidos, y aporta las pruebas irrefutables.

La lucha contra la religión.

La acción antirreligiosa debe igualmente ser atribuida a los judíos. El verdadero pueblo ruso ha sido siempre leal a su Iglesia, que en todos los tiempos le ha prodigado consuelo y ayudado en sus miserias.

Como es sabido, el bolchevismo combate a la religión cristiana con una saña terrible. Según los propios datos oficiales de los Soviets, hasta comienzos de 1936, 42.800 sacerdotes de la religión ortodoxa habían sido «liquidados» (véase la revista ortodoxa de Varsovia, Wosartswjt Tschtenije, número 7, 16-2-36). De los 200 pastores evangélicos que había en Rusia antes de la revolución, ni uno sólo se encuentra actualmente ejerciendo su ministerio. De 810 sacerdotes y 8 obispos de la Iglesia Católica Romana, sólo quedan 5.

Tan solo en el año 1936, o sea al mismo tiempo que se anunciaba una remisión en la lucha antirreligiosa, 14.000 iglesias fueron destruidas o destinadas a fines comunistas. De las famosas «cuarenta veces cuarenta» iglesias de Moscú, únicamente 26 continúan utilizándose para el público. En la mayor parte de los lugares hace ya mu-

cho tiempo que han sido destruidas o profanadas todas. Y con la misma violencia ha hecho el bolchevismo su guerra contra la religión mahometana.

¿Y qué es lo que ha sucedido con la religión judía?

Cuando en 1930 la persecución antirreligiosa había alcanzado toda su intensidad, ciertos círculos cristianos del Extranjero organizaron manifestaciones de protesta; entonces los rabinos de la ciudad de Minsk publicaron un manifiesto que representa la mejor prueba de la situación de privilegio de que disfrutaba su religión. «El Gobierno soviético—decían en ese documento—ha reparado tierras a los judíos, les ha provisto de medios e instrumentos de producción. Por nuestras creencias nunca hemos sido molestado durante el régimen soviético. Ni un solo rabino durante todo el tiempo ha sido condenado a muerte o a pena grave».

Mientras tanto, según los datos oficiales, 42.800 sacerdotes de la religión ortodoxa, que es la del verdadero pueblo ruso, eran «liquidados».

Y mientras todas las iglesias, templos y capillas de todas las Rusias o han sido totalmente destruidas o están convertidas en museos antirreligiosos, «clubs» comunistas, talleres, graneros, establos, garages, etc., etc., los judíos «nunca han sido molestados» en sus sinagogas. ¿Se puede tener una prueba más decisiva del dominio judío en el país de los soviets?

Téngase en cuenta además que la porción de judíos ortodoxos, de judíos que figuren profesando la religión mosaica, es hoy muy reducida en comparación con la multitud de judíos ateos. El tipo frecuente de judío bolchevique no es el rabino, sino el «sin Dios». Y la concepción de éste es la que determina una lucha de destrucción contra la tradición religiosa del pueblo ruso más implacable tal vez que la lucha externa manifestada en la destrucción de Iglesias y fusilamiento de clérigos. Lucha que es una pura obra judaica. Del materialismo del judío Marx han tomado los judíos soviéticos, la «irreligiosidad militante»: el movimiento de los «sin Dios».

Los principales jefes e inspiradores de ese movimiento son judíos. A la cabeza figura el Presidente de la «Unión de los sin Dios»: es el judío y antiguo mancebo de botica Mineas Israelsohn Gubelmann, conocido en su actividad antirreligiosa con el nombre de Jaroslawski. Es fundador del órgano central del movimiento, el «Besboschnik» («El sin Dios»), y editor de innumerables libros y folletos antirreligiosos. Otro judío, A. S. Bogad, es el director de la editorial antirreligiosa del Estado; y el famoso Eisenstein, el que dirigió el célebre film revolucionario «El acorazado Potemkin», director de la academia para la formación de cineastas antirreligiosos.

El Comité directivo del movimiento está formado, según el propio «Besboschnik», por un 50 por 100 de judíos (de ocho miembros, cuatro son judíos) y puesto que son suyos los cargos de Presidente y adjunto, su participación es absolutamente decisiva.

La invasión por los judíos del mundo cultural ruso significa en lo religioso la caída en el más grosero materialismo.

Un ensayo de colonización judía en la U. R. S. S.

Hace diez años el Gobierno de Moscú regaló a los judíos una hermosa tierra en el lejano Oriente para que la colonizaran. Se ha hablado muy poco en el mundo de esa nueva tierra de promisión, lo cual prueba la falta de interés de la judería por ese nuevo Estado suyo; pues de otro modo la prensa internacional, controlada en el mundo entero por los judíos, se hubiese bastado para hacer popular en todas partes el nombre de Birobidschan, que así se llama la región regalada por los soviets. Las razones de ello las vamos a ver en seguida. Birobidschan, situado junto al río Amur, en la parte que éste queda separado del mar por las montañas de la costa, es algo mayor que Holanda, vez y media como Palestina. Es una tierra extraordinariamente rica y fecunda; su flora es de una rara exuberancia, pues en verano el monzón trae del Océano Pacífico abundantes lluvias que la fertilizan. Abundan en ella el trigo, centeno, el maíz, el arroz, las patatas, el lino, el trigo sarraceno, etc. La vid silvestre, que crece por todas partes, no espera más que ser cultivada y atendida. Sobrada de

agua, la región ofrece abundantes campos para pastos y la ganadería podría ser allí industria próspera. Las montañas encierran ricos tesoros: mineral de hierro (se calcula que más de 500 millones de toneladas) grafito en cantidades enormes, carbón, oro, plata, plomo, magnesita, mármol, basalto. En el Amur y sus afluentes abunda la pesca. Podría recogerse mucho caviar... Es decir, el país ofrece extraordinarias condiciones tanto para la agricultura como para la industria. Y sobre ello la situación geográfica es favorable para el tráfico: al Norte limita el Birobidschan con las profundas montañas a través de las cuales desemboca el Amur en el Mar del Japon mientras que por el Sur está regada por el Ussuri, afluente navegable de aquél. El ferrocarril transiberiano atraviesa la región uniéndola hacia el Sur con Wladivostok, y hacia el Norte, una nueva línea que empalma con él, conduce desde la estación de Wolotschajewka, en Birobidschan, hacia la nueva ciudad industrial de Komosomolsk y más allá hasta el mar.

No contento con regalarles ese edén, el Gobierno de los soviets concedió a los judíos que quisieran establecerse allí toda la ayuda imaginable. Sumas enormes que aumentan de año en año, son puestas a disposición de los colonizadores: en 1929, se les conceden 20 millones de rublos; 21 en 1931; en 1936 se les llega a dar 67 millones.

«El interés constante del partido bolchevique y del gobierno de los soviets por la organización de la región autónoma judía—escribe S. Tschuzkajew, Presidente del Comité para la colonización judía— la concesión anual de docenas de millones de rublos, de máquinas e instrumentos ha contribuido al desenvolvimiento económico agrícola y cultural del territorio».

El patriarca de los judíos soviéticos Lazarus Kaganowitsch ha visitado repetidamente el país.

Y a pesar de todo el resultado de la experiencia ha sido absolutamente desfavorable. La colonización judía, iniciada con tan excepcionales auspicios ha fracasado rotundamente. Según los proyectos, hasta 1933 debían haber sido asentados 50.000 judíos; hasta 1937, entre 150.000 y 180.000, y para el tercer plan quinquenal, 1938-1942, 100.000 más.

En realidad, según datos oficiales que pecan de optimistas, hasta 1937 sólo 20.000 judíos han ido a establecerse a Birobidschan. Las fantásticas cifras proyectadas se van reduciendo cada vez más: de los 20.000 asentamientos previstos para 1937, sólo se han hecho 3.000. Y en lo hecho, tampoco ha sido nada favorable el resultado. Por ejemplo: según los planes, en 1937 tenían que haberse construido mil casas; sólo se han construido ciento.

En todo el territorio continúa habiendo una sola ciudad, la ya existente desde antes, Tichonkaya, la cual, pese a su teatro, a sus dos periódicos y a una revista en lengua judía, es una aldea tris-

tísima y pobre, que la mayoría de los judíos abandonan al poco de haber conocido.

Los círculos judíos del Extranjero han confesado ya el error. Así la revista «El pueblo judío» de Berlín, en 1938, escribe: «Las organizaciones que se ocupan de la actividad colonizadora en Birobidschan se muestran inquietas a causa de la tendencia creciente en los habitantes de la región judía autónoma a dejar el territorio y asentarse en otras partes de la Unión Soviética. Ni se encuentran nuevos colonos para ir allí ni se puede contener el impulso de los antiguos que quieren abandonar la región».

El Gobierno soviético, como es natural, discute que haya habido fracaso. Aunque éste resulta de las mismas estadísticas oficiales, si se examinan bien, los soviets se aferran a atribuirlo todo a los trotskistas y al fascismo internacional.

Pero la verdadera razón del fracaso es muy clara. ¿Para qué ha de pensar la inmensa mayoría de los judíos soviéticos en trabajar por convertir el suelo virgen de aquella región asiática en suelo cultivado y productivo? Sin hacer el esfuerzo, les va mucho mejor en las grandes ciudades de la Unión Soviética. En todas ellas se han instalado cómodamente en las organizaciones del partido, del soviets, en los puestos de mando del comercio, y de la economía, y prefieren vivir del trabajo del pueblo ruso a trabajar ellos en tierras y fábricas aunque sean suyas.

¿Para qué —se preguntarán— un territorio judío especial? ¿No es hoy todo el Estado de los soviets un dominio de los judíos?

Con característico cinismo, un judío de Nueva York expresa esta opinión en el periódico de aquella ciudad «Vorwärts» (2 de Abril de 1938): «Por lo que a mí respecta, desde el principio he carecido del menor entusiasmo por Birobidschan. Me ha parecido siempre un país demasiado lejano y frío, y no me ha cabido en la cabeza para que iban a irse los judíos a cavar la tierra tan lejos cuando tienen el derecho y la oportunidad de vivir en Moscú, Leningrado, Charkow, Kiew o Stalingrado».

Con esta psicología, característica de todo un pueblo, lo que puede resultar del famoso proyecto colonizador es fácil de prever.

En realidad sólo se trataba de una coartada bien urdida, de algo como lo que en estrategia se llama una «maniobra de distracción». Lo que han pretendido los círculos soviéticos, es hacer creer al mundo que los judíos se esforzaban verdaderamente por obtener un trabajo honrado mientras tanto, cubierta por unos cuantos hermanos de raza mandados a trabajar en el lejano Oriente, podía continuar la granjería hebraica en las grandes ciudades rusas sin ser perturbada.

Pero el bluff ha fracasado por la incapacidad judía a prestarse siquiera a una apariencia de colonización.

LA DOCTRINA DEL TALMUD

DIFÍCILMENTE puede hallarse un libro de composición más heterogénea y de más extraordinaria naturaleza. El Talmud es la suma de la tradición oral, transmitida entre los judíos desde los tiempos de Moisés y que según la creencia aceptada, discurrió durante mucho tiempo, junto a la Ley escrita, hasta que al alcanzar una considerable extensión, empezó a transcribirse, hacia el siglo segundo de nuestra era. Se divide en dos partes: Mischna (Doctrina) y Gemara (Perfección).

Esta tradición oral ha gozado siempre entre los judíos de gran autoridad y los rabinos que se dedican a comentarla y glosarla la han considerado generalmente como algo más importante que las mismas palabras de los profetas, hasta el punto de que ha ocurrido con frecuencia que los más famosos doctores talmúdicos estuviesen desprovistos del conocimiento más elemental sobre la Biblia.

Esta obra frondosa como un bosque, de noticias menudas y desconectadas en su conjunto, como un laberinto intrincado, en el que hacen falta muchos hilos de Ariadna para orientarse, sorprende por sus encrucijadas y su clima peculiar y cerrado. Durante la más ligera incursión a través de sus folios apretados y prolivos, sentimos crecer el deseo y la necesidad de unas alas que sacudan

la angustia y nos levanten más arriba, en una obsesión liberadora como la de Icaro. Porque el Talmud es una obra religiosa. Pero la desorientación del lector profano le hace sin duda mantenerse a ciegas y apartado del contenido profundo, propensión que inspirado por el respeto al quiere de ninguna manera forzar. El lector hojea y se sostiene en la superficie. Anuda los pequeños cabos de su comentario, que son suficientes para mantenerle en una vacilante perplejidad. Atribuye al azar el resultado de su rebusca. Pero no puede por menos de afirmar la sorprendente actualidad de esta obra secular y remota, que por una parte parece salir de los rincones empolvados del tiempo, que se ha acumulado en las Sinagogas, y que por otra parte se le ofrece como un manual en una clave perfecta, que es posible manejar en cualquier intento de interpretación de los hechos más recientes, en los que existe una inspiración del mundo judío.

La misma duplicidad en la línea moral de la conducta, las mismas sinuosidades del espíritu, el mismo sentido pragmático y utilitario. Un pensamiento de exclusividad religiosa y racial. Una sensibilidad de contumaz intolerancia. La argucia y la dialéctica más exacerbada. Sentimientos contenidos de ambición de universalidad. Extrañas doctrinas de egoísmo y en el fondo de todo, un latido

profundo de malestar y de vagos resentimientos sin objeto concreto y determinado. Estos son los principales impulsos que se adivinan a través de los apartados que el tino prudente del lector ha ido recogiendo en su examen, que no toca para nada en la entraña del dogma y que se limita a una serie de fórmulas casuísticas, extraídas de los rincones más diversos de esta obra monumental, y que hacemos desfilar a continuación una tras de otra.

R. Elesar ha dicho: «El hombre que está en posesión de la sabiduría, acabará siendo rico».

«Existen tres clases de fortaleza: la de Israel entre los pueblos, la del perro entre los animales y la del gallo entre las aves». (Beza F. 25b).

Rab. Asi: «Si un hombre se ha puesto a realizar algo que es para él un deber y se ha visto impedido en la consumación de su obra, la Escritura se lo tiene en cuenta, lo mismo que si hubiera llegado a ejecutarlo; los malos pensamientos, en cambio, no se los computa como actos cumplidos».

Rabbi Chija el Grande declara: «Si no puedes doblegar el orgullo por medio de manjares, véncelo con dinero».

Rabbi Jona decía en nombre de Rabbi Jose: «Todas las palabras altivas son malas, pero todas las palabras que se ocupan de la Ley son buenas; todas las mentiras son buenas, pero todas las mentiras que se ocupan de la Ley son malas» (J. Berachoth F. 60b).

«¿Has visto alguna vez—decía Rabbi Simeón ben Eleasar en nombre de Rabbi Meir—que lleve cargas el león, que mueva trigo la gacela, que el zorro trafique en el mercado, que el lobo venda ollas? Todos se alimentan sin trabajos. ¿Y para qué fueron creados? Para servirme. ¿Y para qué ha sido creado yo? Para servir a mi Criador. Si los que han sido creados para mi servicio viven sin cuidados, ¿con cuánta más razón debo yo, que he sido creado para servir al Criador, vivir sin trabajar?» (J. Kidduschin 40b).

R. Tarfon: «Si los libros de los cristianos llegasen a mis manos, los quemaría. Si me persiguiera un hombre para matarme, o pusiera cerca de mí un reptil para que me mordiera, preferiría entrar en un templo pagano que en casa de estos hombres».

El César dijo a Rabbi Tanchum: «Ven, seremos todos un solo pueblo». «Está bien—contestó éste—. Nosotros los circuncisos no podemos igualarnos a vosotros, circuncidados todos y entonces llegaremos a ser iguales». (Sanhedrin F. 39a).

Rabbi Jehuda ha dicho: «Los bienes de los paganos son bienes mestrencos; todo el que tome posesión de ellos adquiere el título de su propiedad».

Rabbi Meir dice: «Los hombres deben recitar diariamente estas tres oraciones, es a saber: Bendito sea el Señor, que no me ha hecho cristiano, que no me ha hecho mujer, que no me ha hecho ignorante.» (Menachoth F. 43b y 44a).

«Tres bienes han sido otorgados a Israel, todos los pueblos del mundo los envidian, pero no

llegarán a conseguirlos nunca: la Thora, la Tierra de Israel y el mundo del porvenir» (Mechilta 79b).

«El judío no debe formar asociación ninguna con el cristiano» (Bechoroth F. 26).

«Si el que se encuentra en relación llega a un pasaje en el que debe inclinarse, y en este momento pasa por su lado alguien que no es judío con una cruz entre sus manos, entonces debe abstenerse de hacer la inclinación, aunque ésta fuera dirigida intencionalmente al cielo, porque puede existir la apariencia de que se inclina ante la cruz» (Orach-Chajim 113,8).

«Si alguien se encuentra de viaje en sábado, y lleva dinero encima y le acompaña un burro o un hombre que no sea judío, no debe cargar su dinero en el asno, sino que debe entregárselo al hombre que le acompaña y que no es judío, porque está preceptuado el descanso del burro en el día del sábado» (Orach-Chajim 137-242).

«Si alguien envía un mensajero para recibir dinero de una persona que no es judía, y ésta sufre un error y entrega al mensajero una suma mayor, el excedente pertenece al mensajero; pero si no se entera de su error hasta que el dinero se encuentra en manos del remitente, entonces la diferencia le pertenece a éste; si alguien ha entrado en negociaciones con una persona que no es judía y entonces viene otro judío en su auxilio y engaña al que no lo es en peso, número y medida, la ganancia se reparte entre los dos judíos, incluso cuando el auxiliar ha recibido una remuneración por su trabajo» (Choschen hamischpat 183,7).

«Si alguien entrega doscientas monedas para pagar al que no es judío, y el emisario engaña a éste y le entrega solo cien monedas, de manera que el acreedor crea haber recibido doscientas, la diferencia pertenece al deudor, pues en este caso es lo mismo que si el acreedor no judío hubiese condonado la mitad de la deuda» (Choschen hamischpat 183,8).

«Si la cosa extraviada se encuentra en un lugar frecuentado por judíos, el objeto perdido debe pregonarse públicamente; pero si la cosa se encuentra en un lugar en donde comúnmente se reúnen personas que no son judías, no es necesario pregonar públicamente el objeto que ha sido encontrado» (Choschen hamischpat 259,3).

«Si dice un enfermo, incluso un prosélito, que tiene en su poder una suma de dinero perteneciente a su hijo o una persona que no es judía y manifiesta que sea entregada esta suma después de su muerte a su dueño, debe hacerse la entrega con arreglo a los deseos del muerto. Pero si dice que después de su muerte hay que entregar un legado a una persona no judía de alguna notoriedad, no es necesario atender a este deseo, pues es lo mismo que si hubiera dicho que había que aplicar su patrimonio a la realización de un pecado» (Choschen hamischpat 256,3).

«El que realiza el hallazgo de una cosa que

ha perdido una persona que no es judía, no solamente puede conservar esta cosa perdida, sino que le está prohibido devolverla, pues la Escritura dice: la cosa perdida de tu hermano» (Choschen hamischpat 266,1).

«Si muere alguien que no es judío, y un judío le debe una determinada suma de dinero, no viene obligado a pagarla, en el caso de que los herederos de aquél no sepan nada de la deuda» (Choschen hamischpat 283,1).

«Está permitido robar directamente a una persona que no sea judía, engañarle en las cuentas, etcétera., etc., sólo a condición de que no se entere, para que no sea profanado el nombre de Dios» (Choschen hamischpat 348).

«Si se vende algo a una persona que no es judía y un judío le dice al comprador que ha comprado demasiado caro, este judío es un traidor y debe pagar los daños que ha causado» (Choschen hamischpat 393).

«Si el buey de un judío ha corneado al buey que es propiedad de una persona que no es judía, no deben indemnizarse los daños, porque está escrito: el buey de tu prójimo; pero en el caso contrario sí deben indemnizarse los daños producidos» (Choschen hamischpat 406).

«Está prohibido llevar a cabo esponsales, a base de bienes que hayan sido robados; pero si es una persona no judía la que ha sido robada, entonces los bienes en cuestión pueden servir de base para un contrato de esponsalicio» (Eben haezar 28).

«Si un hombre pretende marcharse de la casa en que habita porque es mala o porque en su vecindad hay inquilinos molestos o personas que no son judías, deberá ser escuchado por el Juez» (Eben haezar 74,11).

Está escrito: «La mujer es un odre de viento, y su boca está llena de sangre, y sin embargo todos corren tras de ella» (Schabbath F. 152a).

«Está dicho en Aboda sara II, 1 que el judío no debe llevar sus ganados a los establos de los paganos pues es sabido que el ganado atrae su salcivia. Los no judíos prefieren el ganado de los judíos a sus propias mujeres».

«No se puede orar en una Sinagoga, si no hay diez hombres por lo menos reunidos. En caso de necesidad, se puede llevar a una mujer o a un menor de edad siempre que los hombres no bajen de nueve, y además los presentes no deben estar separados entre sí por personas no judías o por excrementos» (Orach-Chajim 55, 20).

«No se puede prestar auxilio a una mujer no judía que dé a luz en sábado» (Orach-Chajim 330).

«El judío no debe decir nunca que es judío, pero sí puede usar un lenguaje equivoco». (Jore Dea 139-158).

«¿Qué es una prostituta? Todas las hijas no judías, o la hija de un judío que ha tenido ayuntamiento con alguien con el que no se puede casar» (Eben haezar 6,8).

«La cohabitación con una niña menor de tres años no es punible» (Eben haezar 20,1).

ADVERTENCIA AL LECTOR

La segunda parte de estas hojas sobre

“LA ETERNA CUESTION JUDIA”

se publicará en breve.

Departamento de Prensa de la Embajada de Alemania. ~ SALAMANCA

Gedruckt in Spanien.

IMPRESO EN ESPAÑA.

Printed in Spain.

Talleres Tipográficos de «HIJOS DE FRANCISCO NUÑEZ». SALAMANCA.